

LA REFORMA DE LA LITURGIA ROMANA



MONSEÑOR KLAUS GAMBER
Fundador del Instituto Litúrgico de Ratisbona

ÍNDICE

Nota de presentación a la edición francesa.....	3
Prefacio, por el Cardenal Oddi.....	4
A la memoria de Klaus Gamber, por Monseñor Nysen.....	5
La intrepidez de un verdadero testigo, por el Cardenal Ratzinger.....	8
Klaus Gamber, historiador de la liturgia, por el Cardenal Stickler.....	10
Introducción.....	11
I. Las raíces de la actual desolación litúrgica.....	13
II. Rito romano y rito moderno ¿Ha existido alguna reforma litúrgica antes de Pablo VI?.....	18
III. ¿Tiene el Papa atribuciones para cambiar el rito?.....	20
IV. A propósito de la reforma del Ordo Missae ¿Hubieran podido efectuarse las decisiones del Concilio sin modificar el rito de la Misa?.....	24
V. Otras observaciones críticas: En nuevo Ordo Missae y la ordenación de las lecturas.....	30
VI. La celebración “cara al pueblo”, desde los puntos de vista litúrgico y sociológico.....	34
VII. Un intento de solución.....	38
VIII. La destrucción del Rito Romano.....	40
IX. La liturgia, una patria. Sobre la necesidad de un rito inmutable.....	43
A manera de conclusión.....	46

NOTA DE PRESENTACIÓN A LA EDICIÓN FRANCESA

Monseñor Klaus Gamber apenas es conocido en Francia. La revista “Una Voce” es la única que ha publicado algunos extractos de sus obras. ¿Quién era este hombre?

Desde luego un auténtico sabio. Un hombre que ha pasado toda su vida buscando en los más antiguos manuscritos de la liturgia romana y que ha encontrado un ardiente amor por la oración de la Iglesia. Pero no puede decirse que Klaus Gamber fuese un “ratón de biblioteca” encerrado en sus galimatías. Heredero de los grandes liturgistas de comienzo de siglo, se esforzó en considerar la liturgia como la fuente primordial e indispensable del verdadero espíritu cristiano, según las palabras de San Pío X. Y es bajo este ángulo sobre el cual ha estudiado las reformas del Post-concilio. ¿Se ha verdaderamente revisado, con prudencia y en el espíritu de una sana tradición, como lo pedía en la Constitución “De sacra liturgia”?

Para responder a esta pregunta, Klaus Gamber tomó la pluma. Este primer volumen contiene una ojeada sobre la reforma de la liturgia en general y sobre la del misal romano en particular. La vasta erudición del autor, la agudeza de su sentido teológico y su amor a la tradición de la Iglesia hacen de estas páginas una sólida obra de referencia, indispensable al que quiere informarse sobre la crisis, que en nuestros días, atraviesa la liturgia.

PREFACIO
A la edición francesa de Klaus Gamber
(Por el Cardenal Oddi)

“La liturgia comprende una parte inmutable, de institución divina, y otras partes sujetas a variaciones, que pueden variar a lo largo de los tiempos, y desde luego deben variar si se han introducido elementos que se corresponden mal con la propia naturaleza de la liturgia” (Concilio Vaticano II, Constitución sobre la liturgia, nº 21).

Tras más de veinte años de post-concilio, la publicación en lengua francesa de los estudios científicos de Mons. Klaus Gamber es un acontecimiento de primera importancia.

Una reforma, por perfecta que se haga, no está jamás exenta de la crítica. ¿No ha llegado el momento de ocuparse de los escritos de ese gran sabio y, con él, preguntarse si estos últimos años no han visto introducirse en la oración de la Iglesia “elementos que se corresponden mal con la propia naturaleza de la liturgia” y consecuentemente deberían ser modificados?

Una cuestión que no dejará indiferente a ningún hijo de la Iglesia.

Silvio Cardenal Oddi

A LA MEMORIA DE KLAUS GAMBER
“Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. III, 3)

(Por Mons. Wilhelm Nyssen)

En el atardecer de la fiesta del Sagrado Corazón de este año 1989 el doctor, Mons. Klaus Gamber, director del Instituto Litúrgico de Ratisbona, fue llamado repentinamente por Dios.

Su vida entera, ahora nos damos cuenta, no fue más que un servicio, un servicio escondido. Con una total renuncia, se sometió a una severa disciplina de trabajo, de una extrema frugalidad y sin pensar jamás en él mismo, quiso consagrarse al misterio de la liturgia, pues sabía, por una íntima familiaridad que reza aún hoy el elemento constitutivo de la Iglesia.

Había entendido perfectamente que las palabras de la Biblia relativas al mundo que llegará son el anuncio de una liturgia celeste, la expresión del homenaje supremo de toda criatura al misterio incomprensible de la Trinidad de Dios. De esta forma, toda liturgia terrenal se convierte en imagen y anticipo de la liturgia eterna, fundada en el sacrificio salvífico del Hijo único del Padre. Así abrió una nueva comprensión de la liturgia como misterio de adoración, misterio que ha tratado de volver atractivo a los fieles de nuestros días, gracias al íntimo conocimiento que tenía y a un estudio constantemente renovado de las antiguas fuentes de la oración eclesial.

Una infinita labor, progresiva durante años, le permitió reunir, de una forma siempre nueva y sorprendente, los tesoros de la oración de la primitiva Iglesia de Oriente y Occidente y hacerlos tener presentes de manera comprensible. Acogió con entusiasmo la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II pues esperaba, conforme a la Constitución sobre la Santa Liturgia, la liberación de un ritualismo puro y un estrecho neoescolasticismo. Después de la publicación de las normas para la aplicación de esta Constitución (normas que deploró a causa de la desafortunada prisa de su elaboración, a causa de su carácter superficial y en general por la incompetencia que ellas manifiestan), trató, con todo el cuidado y la claridad necesaria y sin buscar embellecer nada, llevar las eufóricas tentativas de los primeros tiempos a la seriedad de sus bases originales, pues en caso contrario, podrían fácilmente acabar en algo insípido y hostil a todo entusiasmo superficial, no cesó de referirse a las normas primitivas de los orígenes litúrgicos de nuestra Iglesia, sin tener miedo a enfrentarse a las iniciativas en moda.

Así, trabajando sin descanso, fue despreciado y amado; despreciado por modernistas que pensaban que la vida de la Iglesia no había hecho más que empezar en nuestros tiempos, y amado por los que buscaban, y gracias a él, encontraban las razones profundas, pero que no estaban satisfechos con la idea de que la Iglesia hubiese comenzado en el Concilio de Trento.

Su última obra “Fragen in die Zeit”, donde adopta una posición crítica con relación a todos los temas litúrgicos de nuestros días, parece como un testamento dirigido a toda la Iglesia. La bibliografía que se encuentra en sus obras comprende 361 títulos.

Desamparados, sacerdotes jóvenes y viejos, muchedumbres de jóvenes que no acababan de acomodarse en las diversas diócesis a las tomas de posición oficiales de la estrategia pastoral modernista, venían a verle y encontraban en él, no solamente un oído atento, sino también sugerencias y nuevos ánimos. Fue el confesor de sacerdotes que desde muy lejos venían a su encuentro. Eran muchísimos los que diariamente ocupaban su despacho en el Instituto Litúrgico de Ratisbona. Su espíritu incomparablemente realista, enemigo de toda beatería, le permitía enfrentar a los hombres consigo mismos y así “conducirlos a Dios”.

Tomando una idea de la carta apostólica de nuestro Papa con ocasión del 25 aniversario de la Constitución sobre la Liturgia, se puede decir que lo primordial de la obra de Klaus Gamber es haber mostrado que el árbol de la vida litúrgica de la Iglesia plantado desde siempre, desde su origen, sólo podrá reverdecer si ahonda cada vez más profundamente sus raíces en el mantillo de la gran tradición eclesial. El Cardenal **Ratzinger**, hablando de él, declaraba recientemente que era “*el único sabio, frente a un ejército de pseudoliturgistas, cuyo pensamiento brotaba verdaderamente del corazón de la Iglesia*”.

Klaus Gamber consideraba su vida como un camino, hecho de oscuros sacrificios, que le había sido impuesto. Cuando poco antes de su muerte un amigo le preguntó cómo, día tras día, podía celebrar la liturgia, a menudo solo, sin sentirse arropado por el eco de una asamblea, respondió: “Mira, tengo que pensar cada día en todos los abandonos y responder de ellos”. Y fue en medio de una Iglesia dedicada a cultivar el sensacionalismo, donde bruscamente terminó su solitario “camino de la cruz”.

"Aquí abajo no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la que ha de venir" (Hebr. XIII, 14).

Ante tan brusco e inesperado retorno a Dios de nuestro amigo Klaus Gamber, arrancado de un trabajo litúrgico de tal riqueza y diversidad, nos podemos preguntar si no tenía un secreto que, desde lo más íntimo de sí mismo, regulaba su destino. Todo hombre tiene su secreto, aunque aquél lo ignore. En el caso de nuestro amigo nos preguntamos si podía ser la palabra de la Sagrada Escritura, según la cual su vida estaba de tal manera ordenada que esta palabra parecía emanar de él como una luz. Pensamos que esta palabra, tan dulcemente ocultada, existe y que sólo una existencia verdaderamente vivida podía hacerla aparecer. Es la que encontramos en la epístola a los Hebreos en su capítulo XIII: "Aquí abajo no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la que ha de venir" (Hebr. XIII, 14). En la epístola a los Hebreos la palabra "ciudad" no se refiere a un lugar, sino la comunidad de vida reglamentada de la "polis". Esto significaría que toda comunidad de vida por muy bien reglamentada que esté, tiene en la tierra un carácter provisional y será sustituida por la comunidad de la eternidad en la ciudad santa de Jerusalén.

Pero si intentamos aplicar esta palabra a nuestro amigo debemos preguntarnos cómo ella ha influido en su vida. Cuantos le conocieron pudieron percibir en su presencia, en cada encuentro, como una curiosa atmósfera de partida, pero sin que ninguna presión externa la provocase. También en otros encuentros con sus amigos, se tenía la impresión de sentirse al amparo, seguro, contento de permanecer y de hablar con él, que nos hacía acordarnos de que toda nuestra existencia está esperando esa partida. Y no era que él lo dijese pero nos podíamos dar cuenta por su manera de vivir. Por la rara ausencia de exigencias frente a las necesidades de la vida, por el rigor con que administraba su trabajo a lo largo de toda la jornada, pero sobre todo por su forma de ser, que de alguna manera era serena y distendida, por la cordialidad que manifestaba a todos los que venían a verle, nos parecía como alguien que hubiese estado permanentemente de viaje y que lo que decía parecía venir de un punto de vista totalmente ajeno al nuestro.

Conocemos la multitud de veces que se enfrentó con la palabra del Apóstol (Heb. XIII, 14) y cuántas veces sin cesar se preguntó cómo podría tener la confirmación. Ya a los veinte años, cuando acababa de ser movilizado, escribiría a un amigo de su misma edad para consolarle de su partida: "Pues nuestra patria es el cielo..." (Fil. 111,20). Fue sin duda alguna para él un momento de gracia cuando comprendió que, antes de cualquier proclamación de la palabra, antes de cualquier intento de hacer vivo y actual el estudio de la Biblia y la pastoral parroquial, estaba el acontecimiento de la celebración litúrgica, que, sólo por sí misma, nos da esa certeza sin par: "Aquí abajo no tenemos una ciudad permanente, sino que buscamos la que ha de venir". Adentrándose siempre más en ésta es donde reside la verdadera consagración de toda la Iglesia a la salvación, operada por el mismo Señor, pues en esta celebración se encuentra actualizado en todo momento el misterio pascual de la salvación, la unión indisoluble entre la muerte y resurrección del Señor, y aquí se realiza al celebrar esta consagración y así no cesa de constituirse la Iglesia.

Esta convicción de que el mismo Señor de la Historia opera la reactualización de su venida por medio de la celebración de la Eucaristía, verdadero testamento legado a los creyentes, era para Klaus Gamber una certeza interna y la propia base de su actividad. Todo lo que le incitaba a trabajar, la audacia de ciertas tesis litúrgicas atrevidas que jamás estaban en ruptura con la tradición, sino que al contrario la hacían aparecer de manera conmovedora más presente, emanaba de esa celebración.

Habiendo constatado con un buen número de sus amigos con qué espíritu de futuralidad e imprecisión se desarrollaba el gran impulso litúrgico del Vaticano II, expresado en la Constitución sobre la Santa liturgia, que tan pronto había degenerado en cálculos mezquinos y modificaciones arbitrarias que no retrocedían ni ante textos francamente superficiales, como las oraciones de las ofrendas en la preparación de los dones, recordó apasionadamente en sus trabajos que todo lo que la gran tradición de la Iglesia nos ordenaba conservar y guardar viva como su herencia más preciosa, había sido liquidado:

- Por una organización de la celebración litúrgica totalmente irreflexiva, por lo que se refiere a las fuentes y abre la puerta de par en par a cualquier arbitrariedad.
- Por una ordenación de lecturas que no testimonia ningún esfuerzo por respetar las grandes ordenaciones de la tradición Occidental, ni a fortiori la de la Oriental, a pesar de que estas ordenaciones podían ser conocidas a través de los profundos trabajos de que han sido objeto.
- Pero sobre todo a causa de las tendencias, indudablemente introducidas con intención, que conducen a la degradación de la celebración eucarística de la Iglesia, su mayor herencia, tanto en el Este

como en el Oeste, para reducirla a una autorepresentación basada en la idea de que se trata de una simple cena.

En cuanto a la posibilidad tan alabada de la concelebración que nos ha ofrecido tantos espantosos ejemplos de desorden espiritual en obispos y sacerdotes, Klaus Gamber contra todas las innovaciones debidas a la ignorancia, (del hecho que se ha tragado, según un modo de pensar puramente escolástico de representar cuantitativamente la diversidad de la "potestas "; siendo así que no puede haber nada más que un solo consagrante y un solo representante) se ha visto obligado a recordar incansablemente el sentido profundo de la tradición.

Su preocupación mayor era que en Occidente se olvidase el lenguaje original de la liturgia y los signos litúrgicos. Ante todo temía que, en estos tiempos de locura, los sacerdotes jóvenes no tardarían en perder toda idea sobre los fundamentos de la Liturgia y se contentarían con organizar, en función de necesidades prácticas, unas celebraciones que no permitirían acceder a la experiencia de la trascendencia de Dios.

Monseñor Wilhelm Nyssen

KLAUS GAMBER
“La intrepidez de un verdadero testigo”
(Por el Cardenal Ratzinger)

Me decía hace poco un joven sacerdote: "Hoy necesitaríamos un nuevo movimiento litúrgico". Es la expresión de una preocupación que sólo un espíritu voluntariamente superficial podría desechar hoy. Lo que le preocupaba a este sacerdote no era la conquista de nuevas y audaces libertades: ¿qué libertad no se ha arrogado ya? Sentía la necesidad de un nuevo renacer partiendo de lo más íntimo de la liturgia, como lo había deseado el movimiento litúrgico cuando estaba en el apogeo de su verdadera naturaleza, cuando no se trataba de fabricar textos o de inventar acciones y formas, sino de descubrir el centro vivo, de penetrar en el tejido de la liturgia propiamente dicha, para que su cumplimiento saliese de su misma sustancia. La reforma litúrgica, en su realización concreta, se ha alejado demasiado de este origen. El resultado no ha sido una reanimación sino una devastación. De un lado, se posee una liturgia que ha degenerado en un "show", donde se ha intentado mostrar una religión atractiva con la ayuda de tonterías a

la moda y de incitantes principios morales, con éxitos momentáneos en el grupo de creadores litúrgicos y una actitud de rechazo tanto más pronunciada en los que buscan en la Liturgia, no tanto el "showmaster" espiritual, sino el encuentro con el Dios vivo, ante quien toda "acción" es insignificante, pues sólo este encuentro es capaz de hacernos llegar a la verdadera riqueza del ser. De otro lado, existe una conservación de formas rituales cuya grandeza siempre impresiona, pero que llevada al extremo, cristaliza en un aislamiento de opinión, que al final se queda sólo en tristeza. Ciertamente quedan entre los dos todos los sacerdotes y sus feligreses que celebran la nueva liturgia con solemnidad; pero que se sienten inquietos por las contradicciones existentes entre los dos extremos; y la falta de unidad interna de la Iglesia hace aparecer su fidelidad, de los que muchos la culpan, como una simple variedad personal, del neoconservadurismo. Puesto que esto ocurre, necesitamos un nuevo impulso espiritual para que la liturgia sea de nuevo una actividad comunitaria de la Iglesia y sea arrancada de la arbitrariedad de los curas y sus equipos litúrgicos.

No se puede "fabricar" un movimiento litúrgico de esta clase, -Como no se puede "fabricar" algo vivo pero se puede contribuir a su desarrollo esforzándose en asimilar el nuevo espíritu de la liturgia y defendiendo públicamente lo que así se ha recibido. Este nuevo punto de partida necesita "padres" que sean modelos y que no se contenten con indicar el camino a seguir. Los que hoy busquen tales "padres" encontrarán sin duda en la persona de Monseñor Klaus Gamber, que desgraciadamente nos ha dejado demasiado pronto, pero precisamente, al dejarnos se nos ha hecho verdaderamente presente, en toda la fuerza de las perspectivas que nos ha abierto. Justamente porque al irse escapa a discusiones partidistas, podrá, en esta hora de desolación, convertirse en "padre" de una nueva andadura. Gamber ha traído con todo su corazón la esperanza del antiguo movimiento litúrgico. Sin duda, porque venía de una escuela extranjera, ha permanecido como un "outsider" en el escenario alemán, donde verdaderamente no se le quería admitir; recientemente una tesis encontró dificultades importantes porque un joven investigador osó citar repetidamente a Gamber con demasiada benevolencia. Pero puede ser que este rechazo haya sido providencial, porque ha forzado a Gamber a seguir su propio camino, evitándole la carga del conformismo.

Es difícil expresar en pocas palabras, dentro de la disputa entre liturgistas, lo que verdaderamente es esencial y lo que no lo es. Tal vez la siguiente indicación pudiera ser útil. J.A. Jungman, uno de los liturgistas verdaderamente grandes de nuestro siglo, había definido en su tiempo la liturgia, tal como se entendía en Occidente, basándose en investigaciones históricas, como una "liturgia fruto de un desarrollo"; probablemente por contraste con la noción oriental, que no ve en la liturgia el devenir y el crecimiento histórico, sino sólo el reflejo de la eterna liturgia, en la que la luz, a través del desarrollo sagrado, ilumina nuestros tiempos mudables con su belleza y su grandeza inmutables. Lo que ha ocurrido tras el Concilio es algo completamente distinto: en lugar de una liturgia fruto de un desarrollo continuo, se ha introducido una liturgia fabricada. Se ha salido de un proceso de crecimiento y de devenir para entrar en otro de fabricación. No se ha querido continuar el devenir y la maduración orgánica de lo que ha existido durante siglos, se la ha sustituido, como si fuese una producción industrial, por una fabricación que es un producto banal del momento. Gamber, con la vigilancia de un auténtico vidente y con la intrepidez de un verdadero testigo, se ha opuesto a esta falsificación y nos ha enseñado incansablemente la plenitud viva de una verdadera liturgia, gracias a su conocimiento increíblemente rico de las fuentes; él mismo, que conocía y amaba la historia, nos ha enseñado las múltiples formas del devenir y del camino de la liturgia; él mismo, que veía la historia desde dentro, ha visto en este desarrollo y en sus frutos el reflejo intangible de la liturgia eterna, que no es objeto de nuestro hacer, pero que puede continuar maravillosamente madurando y expandiéndose, si nos unimos íntimamente a su misterio. La muerte de este hombre y sacerdote eminente debería estimularnos; su obra podría ayudarnos a tornar un nuevo impulso.

Joseph Cardinal RATZINGER

KLAUS GAMBER
Historiador de la liturgia
(Por el Cardenal Stickler)

Con todo sentimiento y con motivo del reciente deceso de Monseñor Klaus Gamber, es preciso que escriba algunas palabras en su memoria, pues conocía al difunto hace mucho, sobre todo a través de sus publicaciones científicas consagradas a la historia de la liturgia.

Hay pocas disciplinas para las que la historia tenga una importancia tan fundamental, como la liturgia, que es la ciencia del culto cristiano, en el sentido más amplio del término. Sin el conocimiento de los orígenes de la liturgia, de su evolución, modificaciones y desarrollo, no se puede comprender la razón de ser y el estado actual de los ritos y textos litúrgicos, ni de su desarrollo en el tiempo, el espacio y las cosas.

El conocimiento de la historia de la liturgia es, pues, la condición indispensable para una interpretación correcta y para una apreciación de la liturgia de ayer y de hoy.

Existiendo una estrecha unión entre la fe y la liturgia ("LEX ORANDI LEX CREDENDI"), esta última obedece a leyes análogas a las de la propia fe, es decir, que exige ser preservada con el máximo cuidado, y por ello está esencialmente orientada a la conservación. Todo ulterior desarrollo debería ser objeto de una prudente reflexión, ser en cierta manera guiada por el "sensus fidelium", y no podrá convertirse en efectiva sino bajo el atento control de la jerarquía. Por distintas razones, durante largos períodos de evolución, pueden surgir deformaciones que a veces se detectarán de forma súbita pero que, tarde o temprano, deberán ser corregidas. Esto se hace para apreciar la pertinacia de las reformas y el desarrollo que la liturgia ha tenido con anterioridad, así como para introducirle eventuales rectificaciones y aún más, es una condición importante y por ello indispensable para contribuir al desarrollo del culto que se necesita en nuestros días y tener el exacto conocimiento de sus elementos constitutivos y de su evolución.

Se comprende entonces fácilmente la necesidad del estudio de la historia de la liturgia (y del mérito que hay en darse a ella) no tanto como disciplina histórica (es decir, como conocimiento exacto del pasado), cuanto como principio fundamental de todo movimiento litúrgico, ya sea de naturaleza privada o pública. Este mérito no se le puede negar a Klaus Gamber; al contrario, es necesario reconocérselo de una manera muy especial, su actividad científica, precisamente consagrada a la historia del culto, ha obtenido numerosos resultados, gracias a un estricto método histórico, en el dominio de la historia de la liturgia, tanto occidental como oriental, Ha demostrado también cómo las liturgias orientales, por su orientación conservadora, han mantenido mejor el contacto con la tradición desde el siglo VIII que las liturgias occidentales.

El fruto de la paciente labor de nuestro difunto constituye una serie impresionante de publicaciones consagradas al estudio de las fuentes de la liturgia, tanto latinas como orientales. Este conocimiento de los orígenes le permite darse cuenta de la evolución de la liturgia en el pasado y sobre todo de la dinámica inhabitual de la reforma contemporánea.

En su última obra "Fragen in die Zeit" ha reunido gran número de sus reflexiones, en este aspecto precisamente tan importante para la evolución de la liturgia actual.

Al lado de su propia actividad científica, ha tenido el mérito de haber animado estos estudios en otros. Efectivamente fue cofundador y durante mucho tiempo director del "Institutum liturgicum Ratisbonense", pero además, editor científico en las ediciones Friedric Pustet, de las colecciones "Studia patristica et liturgica" y "Textus patristici et litúrgici" completados por una serie de publicaciones concernientes a sus propias investigaciones científicas en liturgia, así como los trabajos de otros investigadores.

Tras su partida, en adelante sus alumnos y todos sus amigos, herederos de su obra, deberán hacer que su actividad científica sea profundizada y si fuese necesario esclarecida y completada, para el mayor bien de la "lex orandi", que hoy día es más importante que nunca.

Alfons, Cardenal STICKLER

INTRODUCCION

En general se está de acuerdo en que era necesaria de una manera o de otra una renovación, más aún un enriquecimiento del rito romano, en gran parte inmovilizado desde el Concilio de Trento por un exceso de rubricismo. También se está de acuerdo en el hecho de que la Constitución sobre la sagrada liturgia, promulgada por el Concilio Vaticano II, se corresponde en muchos de sus puntos con las necesidades legítimas de la pastoral actual. Sin embargo el juicio que se tiene sobre las reformas efectivamente realizadas no es unánime de ninguna manera, particularmente en lo concerniente a los nuevos libros litúrgicos elaborados, como resultado del Concilio, por un grupo de especialistas.

Unos rechazan estos nuevos libros, porque reflejan demasiado el espíritu de la nueva teología sin tener suficientemente en cuenta la tradición. Se piensa que la renovación de ritos, en su conjunto, ha ido demasiado lejos. Sin embargo otros se lamentan de que aún no se haya ampliado el cuadro estrecho de la visión rubricista y que se haya así fijado definitivamente en los nuevos libros litúrgicos, elementos que aún no habían sido probados y que por esta causa parecían hasta dudosos.

La concepción de los movimientos litúrgicos de los años veinte y treinta son los que han encontrado sus expresiones en la Constitución conciliar y de manera particular las ideas de Romano Guardini y de Pius Parsch. El uno era un pensador sutil en la investigación de las leyes internas del culto divino y el otro, el celoso pastor de almas que quería iniciar al pueblo de Dios en los tesoros del misal romano y en el rezo de las horas eclesiales. Pero ni el uno ni el otro eran investigadores, propiamente dichos, en el camino de la historia litúrgica. Sobre todo les faltaba haber tenido contactos con la liturgia de la Iglesia de Oriente.

Durante los años en que se desarrolló el movimiento litúrgico, después de la primera guerra mundial, las ciencias litúrgicas se encontraban en sus principios. Se consideraba el estudio de la liturgia más bien como el estudio de las rúbricas, constituyendo en este sentido una parte de la pastoral. Los pocos investigadores que se dedicaban a la historia del culto divino, como los benedictinos G. Morin, C. Mohlberg o A. Dold, por citar algunos nombres, no tenían ni cátedra. Su esfera de influencia estaba limitada. En todo caso la pastoral apenas beneficiaba el resultado de sus investigaciones.

Desde hace aproximadamente diez años, poco a poco, la ciencia litúrgica ha comenzado a ocuparse de lo que se había descuidado en el pasado. Se instauró con una búsqueda sistemática de las fuentes del culto divino; y los ricos tesoros de las liturgias orientales no han sido precisamente los últimos en ser más y más explotados. Al mismo tiempo se ha reconocido la necesidad de la arqueología cristiana para la historia de la liturgia.

La misión de reformar la misa, confiada por el Concilio a especialistas, cayó en el mismo centro de estos prometedores principios. Resulta evidente que la tan joven ciencia litúrgica que en muchas de sus ramas no podía presentar resultados definitivos, fue sin duda alguna totalmente rebasada. Lo que J.A. Jungman ha consignado en su obra "Missarum sollemnia" no es más que el compendio de estos resultados, parciales y provisionales; resultados insuficientes para construir sobre ellos una reforma definitiva de la misa.

La situación del clero y de los fieles cristianos era todavía peor al comienzo de las reformas litúrgicas. No estaban preparados para las innovaciones. Hasta entonces la misa se había caracterizado, sobre todo, por las formas y los usos tradicionales. La participación de los fieles en la liturgia oficial era mínima. Aquellos que seguían la misa con sus misales de mano eran relativamente poco numerosos.

Las formas extralitúrgicas de devoción eran las más favorecidas. Solo dándose cuenta del espíritu de esta situación, se puede comprender y apreciar la acción llevada a cabo, en esta época, por Pius Parsch. Él ayudó a descubrir a muchos de sus fieles un nuevo universo, el de la oración comunitaria y el del sacrificio celebrado en comunión con el sacerdote en el altar.

Desgraciadamente, como de costumbre, las personas van de un extremo al otro. Si la realización ritual de los distintos actos del culto o la administración de los sacramentos era propia del sacerdote o del clero, siempre en primer plano y ante unos fieles que permanecían pasivos; hemos pasado, de una forma exagerada, a poner el acento en la actividad de los participantes, poniendo en un segundo plano los propios elementos de culto. Esto nos ha empobrecido cada vez más. Ahora se echa en falta y en gran manera esa solemnidad tan necesaria en todos los actos de culto. En su lugar y sustitución se emplea una austeridad calvinista.

No es raro ver que las antiguas formas de culto, existentes hasta hoy, son despreciadas por los sacerdotes y dadas de lado so pretexto de estar anticuadas; ni siquiera quieren imaginar que han perdido el tren de la evolución moderna. Sin embargo, la mayoría del pueblo cristiano sigue aferrado a esas antiguas formas, que les sirven de vehículo a su piedad. Los actuales reformadores, demasiado atareados, no se han parado a considerar hasta qué punto, dentro del espíritu de los fieles, existe coincidencia entre la doctrina y ciertas formas de piedad. Para muchos modificar las formas tradicionales de culto significa una modificación de la fe.

Los responsables de la iglesia no han escuchado la voz de los que no han cesado de advertirles, pidiéndoles no suprimir el misal romano tradicional y solamente autorizar la nueva liturgia dentro de ciertos límites y "ad experimentum".

He aquí hoy día cuál es desgraciadamente la situación: numerosos obispos callan ante casi todas las "experimentaciones" litúrgicas; pero reprimen, más o menos severamente, al sacerdote que por razones objetivas o de conciencia se mantiene en la antigua liturgia.

Nadie encontrará nada que objetar al hecho de que la autoridad eclesiástica quiera, en la medida de lo necesario, adaptar las formas litúrgicas a las circunstancias del momento. Aún esto es necesario hacerlo con buen juicio y prudencia y, en cualquier caso, sin provocar ruptura con la tradición. La propia Constitución sobre la liturgia recomienda en su artículo 23: "No se harán innovaciones; solamente si la utilidad de la Iglesia las exige verdadera y ciertamente".

La ruptura con la tradición se ha consumado: por la introducción de la nueva forma de celebración de la misma y los nuevos libros litúrgicos; y aún más por la libertad concedida tácitamente por la jerarquía de organizar libremente la celebración de la misa; sin que se pueda entrever en todo esto un avance substancial desde el punto de vista pastoral. En cambio se constata en gran manera una decadencia de la vida religiosa, que, es verdad, tiene también otras causas.

Se puede decir que las esperanzas que se depositaron en la reforma litúrgica no se han realizado en absoluto.

I. LAS RAÍCES DE LA ACTUAL DESOLACIÓN LITURGICA

La reforma litúrgica, saludada por muchos sacerdotes y laicos con mucho idealismo y grandes esperanzas, se ha mostrado, cada año que transcurre, en una desolación litúrgica de proporciones inconcebibles. En lugar de la esperada renovación de la Iglesia y de la vida eclesiásticas, estamos asistiendo a un desmantelamiento de los valores de la fe y de la devoción, que nos habían sido transmitidos y en lugar de una renovación fecunda de la liturgia, contemplamos una destrucción de la misma, que se había desarrollado orgánicamente en el transcurso de los siglos.

A esto se añade, bajo el signo de un mal entendido ecumenismo, una tremenda aproximación a las concepciones del protestantismo y un alejamiento considerable de las antiguas Iglesias de Oriente. Esto significa que se ha abandonado una tradición, común hasta ahora, entre Oriente y Occidente. Hasta los mismos padres de la reforma litúrgica reconocen que en lo sucesivo no pueden desembarazarse de los espíritus que habían invocado.

Preguntémonos ahora dónde se encuentran las raíces de esta desolación litúrgica. Para toda persona dotada de juicio, es evidente que no basta buscarlas únicamente en el Concilio Vaticano II. La Constitución litúrgica del 4 de diciembre de 1963, sólo constituye el resultado provisional de una evolución, en la que los factores que la han provocado, son antiguos y de diversa naturaleza. En las páginas siguientes vamos a intentar descubrir cada una de estas raíces, obligados la mayoría de las veces a limitarnos a simples indicaciones.

Al contrario de lo que ocurre con los ritos de la Iglesia de Oriente, que jamás han cesado de enriquecerse, incluso durante la edad media para luego fijarse, la liturgia romana ha permanecido a través de los siglos casi inalterable en su forma inicial, simple y austera. En cualquier caso representa el rito más antiguo. A través de los tiempos, muchos papas le han añadido ciertas modificaciones en su redacción, como lo hizo desde el principio el Papa San Dámaso (366-384) y sobre todo más tarde San Gregorio el Grande (590-604).

El Papa San Gregorio elaboró, basándose en antiguos libros litúrgicos, un nuevo Sacramentario para el año. Además en otro libro, puso en orden el canto litúrgico que se conoce por su nombre, "canto gregoriano", aunque las melodías que conocemos tuvieron su origen cien años después del mismo San Gregorio.

La liturgia dámaso-gregoriana ha permanecido en vigor en la Iglesia Católica Romana hasta la reforma litúrgica actual. Es contrario a los hechos decir, como frecuentemente se dice hoy, que se ha abolido el "misal de San Pío V". Las modificaciones introducidas en el misal romano durante casi 1.400 años no han tocado el rito propiamente dicho. Al contrario de lo que estamos viviendo hoy, solamente se trató de un enriquecimiento en las nuevas fiestas, en formularios de misas y en ciertas oraciones.

Como consecuencia de los acontecimientos políticos del Siglo VIII, que tuvieron como consecuencia unir estrechamente a los reyes francos con el Papa, la liturgia de San Gregorio, que estaba adaptada a la situación romana, se convirtió en obligatoria para grandes territorios de occidente. El rito galicano fue suprimido. Solo los ritos autónomos de España, bajo dominio islámico, el de ciertas regiones de Italia septentrional (Milán, Aquilea), el del Ducado de Benevent, subsistieron aún durante algún tiempo, y en Milán hasta nuestros días.

La adopción de la liturgia romana en los países francos ocasionó problemas, derivados de la adaptación de este rito "extranjero" a las propias condiciones de las diversas ciudades y pueblos. Esta adaptación jamás ha sido completamente conseguida. Hay algo de eminentemente trágico en ello y constituye una de las raíces de la actual desolación litúrgica.

La segunda importante raíz hay que buscarla en el alejamiento de la Iglesia Romana de Occidente de las Iglesias de Oriente, que comenzó entre los siglos VIII y IX, y finalmente provocó la ruptura oficial entre Roma y Bizancio en 1054. Esta ruptura, nacida de diferencias de orden dogmático, fue tanto más dolorosa cuanto que a causa de ella, un componente muy importante del culto divino se ha marchitado entre nosotros: el sentido litúrgico de la Iglesia Primitiva.

Según este sentido, la liturgia es sobre todo un servicio sagrado realizado ante Dios; lo que también quiere decir, como escribió el Papa San Gregorio en sus "Diálogos" (IV, 60), que "a la hora del sacrificio, el cielo se abre a la voz del sacerdote; que en este misterio de Jesucristo están presentes los coros de los ángeles, lo que está en lo alto se junta con lo que está abajo; que el cielo y la tierra se unen; que lo visible y lo invisible se funden en uno".

La idea de esta "liturgia cósmica", que siempre ha permanecido viva en la Iglesia de Oriente, exige una celebración solemne y exactamente reglamentada de la liturgia. Excluye todo minimalismo, como los que se ha extendido cada vez más en Occidente a partir de la edad media, cuando a menudo se limitaba la celebración de los santos misterios a lo indispensable para la validez de su realización o a lo mínimo de lo que estaba prescrito. Desde entonces los ritos fueron "ejecutados" y pocas veces verdaderamente "celebrados".

Al contrario, en la Iglesia de Oriente, la liturgia ha permanecido siempre como el juego de un misterio, en el cual, juego y realidad se mezclan de una manera única. Se refiere a este aspecto lo que en particular dice de la misa el dramaturgo Hugo Bale, buen conocedor de la Iglesia griega: "Realmente para el católico allí no puede haber teatro. El espectáculo, que le posee y le cautiva todas las mañanas, es la santa misa".

En gran medida, este importante componente de la misa, lo hemos perdido como consecuencia de la separación entre las Iglesias de Oriente y Occidente. No hace mucho que Romano Guardini atrajo de nuevo la atención sobre la liturgia como representación" en su célebre libro "El espíritu de la liturgia". Por así decirlo, no se observa nada parecido en la práctica de la liturgia actual. En adelante el frío soplo del realismo se extiende sobre el desarrollo litúrgico.

Para encontrar la tercera raíz de la actual desolación litúrgica, es necesario remontarse a la época gótica y a su piedad subjetiva. No es ya la participación común en el desarrollo de la liturgia, que une cielos y tierra y nos procura la gracia divina, donde se centra la liturgia; sino el hecho de encontrar a Dios y su gracia en la oración personal.

La celebración de la liturgia, poco a poco, se fue convirtiendo en una tarea que atañía sólo al clero. Los fieles presentes se convertían en simples espectadores, que seguían las ceremonias rezando y mirando. Se introdujeron para el pueblo ejercicios de piedad, fuera de la liturgia, dichos en lengua vulgar, correspondientes a la llamada "religión moderna" y a un nuevo ideal de piedad.

La ruptura entre liturgia y piedad se fue haciendo cada vez más profunda. El corazón del pueblo palpitaba por las ceremonias extralitúrgicas, en las cuales podía participar, y en particular las numerosas procesiones como la del "Corpus" nacida en esta época, y en las peregrinaciones que cada vez eran más populares.

Nos causará extrañeza poder constatar la aparición, al fin de la edad media, de una especie de primer "movimiento litúrgico". Es probable que en el inicio del humanismo, este movimiento, haya tenido por origen la nueva percepción que los hombres comenzaban a tener de ellos mismos.

Se aplicaron con celo a la traducción en lengua vulgar de los textos de la misa y del oficio divino, y para este último y de forma más particular, los himnos. Se ha encontrado en Turingia, fechada alrededor de 1400, un "Missale vulgare", tal como se titula él mismo; un misal de los fieles, donde al lado de las lecturas, se encuentra también la traducción de oraciones y de cánticos alternados del misal romano. Le siguieron otros libros análogos.

Se observa igualmente un florecimiento de los cánticos en alemán. Se crean nuevos himnos en lengua vulgar apropiados para ser cantados entre los cantos latinos de la misa o a continuación de éstos. Así, en Navidad, después de la prosa "Grates nunc omnes", se canta por tres veces "Alabado seas Jesucristo o también villancicos entre los versículos del "Gloria". Además de esto aparecieron entonces nuevos cánticos destinados a las peregrinaciones y a los ejercicios piadosos.

Lutero se dio cuenta de la importancia de estos esfuerzos litúrgicos y los continuó. El no inventó el cántico alemán, simplemente descubrió la necesidad de poner a disposición de los fieles los textos de la misa en su lengua materna.

Por positivos que hayan podido ser algunos de estos aspectos, encontramos también aquí una raíz suplementaria de la desolación litúrgica actual. A menudo los cánticos eran equívocos en cuanto a su valor dogmático y artístico; sobre todo porque habían nacido de la piedad, sustituyendo cada vez más a los cánticos latinos clásicos de la misa, hasta que acabaron por eliminarlos casi por completo, como lo vemos hoy en día.

A este primer "movimiento litúrgico" del final de la edad media, así como a los esfuerzos de radical renovación propuestos por Lutero y otros reformadores, respondieron para cortar esta corriente, las rigurosas prescripciones relativas a la misa del Concilio de Trento, en particular todo lo concerniente a la prohibición de emplear la lengua vernácula.

Los padres conciliares reclamaron una nueva edición obligatoria de los libros litúrgicos que, en lo concerniente al misal romano, fue realizado en 1570 por San Pío V. A partir de ese momento existe un organismo particular, la Congregación de Ritos, que fue la encargada de velar para que las rúbricas, estrictamente prescritas, fuesen respetadas.

La reforma de San Pío V no creó nada nuevo. Se contentó con establecer una versión uniforme del misal, eliminando las innovaciones, que en él se habían introducido a lo largo de los siglos. Al mismo tiempo, fue bastante tolerante, dejando intactos los ritos antiguos, de al menos doscientos años atrás.

Globalmente considera esta reforma, cualquiera que haya sido su necesidad dadas las circunstancias, representaba una fijación de las formas litúrgicas en un punto de su desarrollo, a donde habían llegado, sin dejarles posibilidad de continuar orgánicamente su evolución. Más tarde o más temprano se debía llegar a una revisión radical. Pero antes hubo, tras el Concilio de Trento, un florecimiento de la vida eclesial en la época del Barroco; última época en la que el Occidente permaneció católico y se benefició de una cultura unitaria.

Se comprende que hoy exista una cierta aversión a todo lo concerniente al culto, como una oposición al Barroco. Se habían sobrecargado las iglesias de santos y de ornamentos, y los altares de superestructuras que llegaban hasta las bóvedas; ahora se propaga la austeridad y el realismo en el acondicionamiento de iglesias y altares. ¡Apenas sé si se tolera una cruz en estos lugares! Si en aquella época se celebraban misas con orquestas, delante del Santísimo Sacramento expuesto, en medio de innumerables cirios y nubes de incienso, hoy siguiendo el "slogan" de "abajo el triunfalismo", el celebrante se coloca delante de un altar de piedra desnuda, que tiene la apariencia de una tumba megalítica y dirige a la asamblea sus oraciones y palabras a través de un micrófono.

A la mayoría de la gente de nuestros días, las formas del Barroco no les dicen nada. Pero ello no nos debe incitar a eliminar un elemento esencial de la liturgia, cual es el culto a Dios. La adoración a Dios, que se manifiesta mediante el culto que la asamblea le rinde, es un deber que se impone a toda persona en cuanto ente social (puesto que ha sido creado "comunitario"). Este es el motivo por el que se rinde culto a Dios, no solamente en el cristianismo, sino también en la liturgia del Templo de Jerusalén, culto en el que los mismos apóstoles continuaron participando (cf. Ac.II, 46); y también en las distintas civilizaciones del mundo antiguo e igualmente entre los primitivos.

Como en la época del barroco el pueblo, aunque viviendo la liturgia oficial en su interior, no podía participar en ella activamente, desarrolló nuevas formas populares de devoción, como la oración de las Cuarenta Horas o las Flores del mes de mayo. Estas formas estaban profundamente enraizadas en las costumbres religiosas.

Al mismo tiempo que la misa oficial, por su solemnidad, atraía a los fieles, estas nuevas formas de devoción, fueron durante la Contra-Reforma, los pilares del renacimiento del catolicismo. Sin embargo, no se puede negar una importante falta de esta liturgia barroca; los sermones que se pronunciaban les faltaba profundidad doctrinal; los dogmas centrales de la fe se dejaron a un lado y, en contrapartida a verdades periféricas se les dio especial relieve.

El nuevo florecimiento de la vida eclesial que había comenzado en la época barroca fue interrumpida en el siglo XVIII por el racionalismo frío del Iluminismo. No se hizo caso de la liturgia tradicional, se pensó que no se correspondía suficientemente con los problemas concretos de la época y se exageraron las formas de piedad populares. Este primer dismantelamiento de la liturgia tradicional resultó tanto más grave cuanto que el poder del Estado tomó partido por las Luces ("josefismo") y muchos obispos se contaminaron con el espíritu del siglo.

En muchos lugares, se suprimieron diversas formas tradicionales de la misa, en gran parte por la fuerza brutal que ejerció el Estado, aún contra la voluntad popular. Así por ejemplo, en los países renanos las misas gregorianas cantadas por los fieles durante muchos siglos fueron prohibidas y reemplazadas a la fuerza por la llamada Misa Mayor alemana. Más tarde, las antiguas formas de devoción no pudieron ya ser reanimadas desgraciadamente.

En la época del Iluminismo, la misa se veía como un medio de formación moral; de ahí el rechazo del latín como lengua litúrgica. La Iglesia, prolongación del brazo secular había recibido del Estado la misión de formar al pueblo, con vistas a suscitar súbditos fieles, de manera que los curas estaban obligados a realizar desde los púlpitos funciones que no tenían nada que ver con su ministerio, tales como explicar las leyes del Estado o las ordenanzas de policía y exhortarles a su obediencia.

Las experiencias litúrgicas, sobre todo en lo relativo a la distribución de los sacramentos, no han faltado. Pero estas innovaciones no se pudieron mantener durante mucho tiempo, se asemejan enormemente a las de nuestros tiempos, que tienen por objeto al hombre y sus problemas (sociales). Así por ejemplo, Vitus Winter, uno de los reformadores de la era de las Luces, exige el que sean eliminadas todas las oraciones "que hacen que el hombre todo lo espere de Dios y no se sienta independiente". Más aún, según él hubiera sido necesario suprimir todas las oraciones que contuviesen expresiones orientales y bíblicas. De hecho, los nuevos textos que se compusieron, se caracterizaban por un tono moralizador.

En buena ley se puede afirmar que las raíces principales de la desolación litúrgica actual tienen su origen en el Iluminismo. Muchas de las ideas de esta época no han llegado a madurar hasta nuestros días en que vivimos una nueva época de las Luces.

La restauración que tuvo lugar en el siglo XIV bajo la influencia de movimientos artísticos del neorromanticismo y del neogótico constituyen una reacción a la influencia glacial del racionalismo iluminista. Como los románticos, se vio en las ideas de la edad media el gran modelo a seguir y se intentó insertar este retoño sobre el árbol de la liturgia gravemente dañado.

Nacieron entonces las abadías benedictinas de Solesmes en Francia y las de la congregación de Beuron en Alemania. Allí se cultivó con esmero la liturgia latina y el canto gregoriano en su forma primitiva. El movimiento litúrgico de los años veinte sumerge sus raíces en estos nuevos centros monásticos. En sus principios, sólo afectó a un pequeño círculo de intelectuales y a una parte de la juventud estudiantil y continuó aún con el latín de la Iglesia.

Los esfuerzos de Pius Parsch en favor de una liturgia popular durante los años 30, son de otra índole. Se caracterizan por una sobrevaloración de la participación activa de los fieles en la misa, asociada a ideas históricas frecuentemente erróneas con respecto a la misa en la Iglesia primitiva y al acondicionamiento del santuario. Por influjo de Pius Parsch la lengua vernácula hizo su entrada en la liturgia romana, aunque al principio fue solamente como una "vía paralela" al lado del latín del sacerdote celebrante.

Finalmente las ideas de Pius Parsch en favor de una misa fructuosa desde el punto de vista pastoral y cercana al pueblo, se nos han impuesto en la Constitución litúrgica, no sin introducir algunos de sus errores, como por ejemplo la exigencia de celebrar "versus populum". Ya volveremos sobre este tema.

Será necesario esperar que los actuales pastores, sobre todo los jóvenes sacerdotes que no han sido educados en las formas rigurosas de la liturgia, no se queden sólo en las ideas de Pius Parsch, sino que partiendo de sus puntos de vista -y éste no coincide a menudo con las concepciones católicas tradicionales- desarrollen nuevas ideas con vistas a llegar a una misa "conforme a nuestros tiempos". Los padres de la reforma litúrgica no creyeron que la piedra que habían puesto en marcha iba a machacar todas las formas litúrgicas existentes hasta hoy e incluso la nueva liturgia, que ellos mismos habían creado.

No parece muy optimista por poner un ejemplo la "Carta pastoral de los Obispos austriacos" de 8 de febrero de 1965 publicada con ocasión de la introducción de la nueva liturgia: "... Para muchos de nuestros hermanos en el sacerdocio, no va a ser tarea fácil; pero pronto experimentarán que nada se nos ha suprimido, sino que al contrario, algo nuevo se nos ha concedido. Por el amor de este objetivo eminente a saber, la renovación de nuestras comunidades parroquiales, todos los pastores se esforzarán desde el principio en celebrar la misa tan perfectamente como sea posible".

Como, además, se han suprimido hoy casi todas las formas de piedad paralitúrgicas y otras costumbres eclesiales, difícilmente se pueden evaluar los daños causados a la pastoral. Sólo queda por ver cuáles serán las consecuencias de este desmantelamiento, dentro de veinte o treinta años, para la joven generación actual, que no podrá alimentarse como la antigua, de la "sustancia". Algunos aspectos positivos de la reforma litúrgica -a los cuales pertenecen sin duda alguna una mayor participación de los fieles en la liturgia-, no pueden en forma alguna contrapesar este perjuicio.

II. RITUS ROMANUS ET RITUS MODERNUS

¿Ha existido alguna reforma litúrgica antes de Pablo VI?

En el artículo "Cuatrocientos años de Misa Tridentina", publicado en diversas revistas religiosas, el profesor Rennings se aplicó a presentar el nuevo misal, o sea el Ritus Modernus, como derivación natural y legítima de la liturgia romana. Según dicho profesor, no habría existido una Misa San Pío V sino únicamente por ciento treinta y cuatro años, es decir, de 1570 a 1704, año en el cual apareció bajo las modificaciones deseadas por el Romano Pontífice de entonces. Continuando con tal modo de proceder, Paulo VI, según Rennings, habría a su vez reformado el Missale romanum para permitir a los fieles entrever algo más de la inconcebible grandeza del don que en la Eucaristía el Señor ha hecho a su Iglesia.

En su artículo, Rennings hábilmente se aferró a un punto débil de los tradicionalistas: la expresión Misa Tridentina o Missa sancti Pii V. Propiamente hablando una Misa Tridentina o de San Pío V no existió nunca, ya que, siguiendo las instancias del Concilio de Trento, no fue formado un Novus Ordo Missae, dado que el Missale sancti Pii V no es más que el Misal de la Curia Romana, que se fue formando en Roma muchos siglos antes, y difundido especialmente por los franciscanos en numerosas regiones de Occidente. Las modificaciones efectuadas en su época por San Pío V son tan pequeñas, que son perceptibles tan sólo por el ojo de los especialistas.

Ahora, uno de los expedientes al cual recurre Rennings, consiste en confundir el Ordo Missae con el Proprium de las misas de los diferentes días y de las diferentes fiestas. Los Papas, hasta Paulo VI, no modificaron el Ordo Missae, aun introduciendo nuevos propios para nuevas fiestas. Lo que no destruye la llamada Misa Tridentina más de lo que los agregados al Código Civil destruyen al mismo.

Por lo tanto, dejando aparte la expresión impropia de Misa Tridentina, hablamos más bien de un Ritus Romanus. El rito romano remonta en sus partes más importantes por lo menos al siglo V, y más precisamente al Papa San Dámaso (366-384). El Canon Missae aparte de algunos retoques efectuados por San Gregorio I (590-604), había alcanzado con San Gelasio I (492-496) la forma que ha conservado hasta ayer. La única cosa sobre la cual los Romanos Pontífices no cesaron de insistir desde el siglo V en adelante, fue la importancia para todos de adoptar el Canon Missae Romanae, dado que dicho canon se remonta nada menos que al mismo Apóstol Pedro.

Más por lo que concierne a las otras partes del Ordo, como para el Proprium de las varias Misas, respetaron el uso de la Iglesias locales.

Hasta San Gregorio Magno (590-604) no existió un misal oficial con el Proprium de las varias Misas del año. El Liber Sacramentorum fue redactado por encargo de San Gregorio al principio de su pontificado, para servicio y uso de las Stationes que tenían lugar en Roma, o sea para la liturgia pontifical. San Gregorio no había tenido ninguna intención de imponer el Proprium de dicho misal a todas las Iglesias de Occidente. Si posteriormente dicho misal se convirtió en el armazón mismo del Missale Romanum de San Pío V, se debió a una serie de factores de los cuales no podemos tratar ahora.

Es interesante notar que cuando se interrogó a San Bonifacio (672-754) que se encontraba en Roma, con respecto a algún detalle litúrgico, como el uso de las señales de cruz a efectuarse durante el canon, éste no se refirió sobre el sacramentaris de San Gregorio, sino sobre aquel que estaba en uso entre los Anglosajones, cuyo canon estaba en todo conforme a aquel de la Iglesia de Roma...

En el Medioevo, las diócesis y las iglesias que no habían adoptado espontáneamente el Misal en uso en Roma, usaban uno propio y por esto ningún Papa manifestó sorpresa o disgusto...

Mas cuando la defensa contra el protestantismo hizo necesario un Concilio, el Concilio de Trento encargó al Papa de publicar un misal corregido y uniforme para todos. Ahora, pues, con la mejor voluntad del mundo, yo no llego a encontrar en tal deliberación del Concilio el ecumenismo que ve Rennings.

¿Qué hizo San Pío V? Como ya hemos dicho, tomó el misal en uso en Roma y en tantos otros lugares, y lo retocó, tomó, especialmente reduciendo el número de las fiestas de los Santos que contenía. ¿Lo hizo tal vez obligatorio para toda la Iglesia? ¡ En absoluto! Respetó hasta las tradiciones locales que pudieran jactarse, por lo menos, de doscientos años de edad. Así propiamente: era suficiente que el misal estuviera en uso, por lo menos, desde doscientos años, para que pudiera quedar en uso a la par y en lugar de aquel publicado por San Pío V. El hecho de que el Missale Romanum se haya difundido tan rápidamente y espontáneamente adoptado también en diócesis que tenían el propio más que bicentenario, se debe a otras causas; no por cierto a presión ejercida sobre ellas por Roma. Roma no ejerció sobre ellas ninguna presión, y esto en una época en la cual, a diferencia de cuanto sucede hoy, no se hablaba de pluralismo, ni de tolerancia.

El primer Papa que osó innovar el Misal tradicional fue Pío XII, cuando modificó la liturgia de la Semana Santa. Séanos permitido observar, al respecto, que nada impedía de restablecer la Misa del Sábado Santo en el curso de la noche de Pascua, aunque sin modificar el rito.

Juan XXIII lo siguió por este camino, retocando las rúbricas. Mas ni el uno ni el otro, osaron innovar sobre el Ordo Misae, que quedó invariable. Pero la puerta había sido abierta, y la cruzaron aquellos que querían una sustitución radical de la liturgia tradicional y la obtuvieron. Nosotros, que habíamos asistido con espanto a este resolución, contemplamos ahora a nuestros pies las ruinas, no de la Misa Tridentina, sino de la antigua y tradicional Missa Romana, que había ido perfeccionándose a través del curso de los siglos hasta alcanzar su madurez. No era perfecta al punto de no ser ulteriormente perfectible, pero para adaptarla al hombre de hoy no había necesidad de sustituirla: bastaban algunos pequeñísimos retoques, quedando a salvo e inmutable todo el resto.

Viceversa, se la quiso suprimir y sustituir con una liturgia nueva, preparada con precipitación y, diremos, artificialmente: con el Ritus Modernus. ¡Oh, cómo se ve aparecer en modo siempre más claro y alarmante el oculto fondo teológico de esta reforma! Sí era fácil obtener una más activa participación de los fieles en los santos misterios, según las disposiciones conciliares, sin necesidad de transformar el rito tradicional. Pero la meta de los reformadores no era obtener la mencionada mayor participación activa de los fieles, sino fabricar un rito que interpretara su nueva teología, aquella misma que está en la base de los nuevos catecismos escolares. Ya se ven ahora las consecuencias desastrosas que no se revelarán plenamente sino en el giro de cincuenta años.

Para llegar a sus fines, los progresistas han sabido explotar muy hábilmente la obediencia a las prescripciones romanas de los sacerdotes y de los fieles más dóciles... La fidelidad y el respeto debido al Padre de la Cristiandad, no llegan hasta exigir una aceptación despojada del debido sentido crítico de todas las novedades introducidas en nombre del Papa.

¡La fidelidad a la Fe, ante todo! Ahora, la Fe, me parece que se encuentra en peligro con la nueva liturgia, aunque no me atrevo a declarar inválida la Misa celebrada según el Ritus Modernus.

¿Es posible que veamos a la Curia Romana y a ciertos Obispos – aquellos mismos que nos quieren obligar, con sus amenazas, a adoptar el Ritus Modernus-, descuidar su propio deber específico de defensores de la Fe, permitiendo a ciertos profesores de teología a socavar los dogmas más fundamentales de nuestra Fe y a los discípulos de los mismos propagar dichas opiniones heréticas en periódicos, libros y catecismos?

El Ritus Romanus permanece con la última escollera en medio de la tempestad. Los innovadores lo saben muy bien. De aquí parte su odio furioso contra el Ritus Romanus, que combaten bajo el pretexto de combatir una nunca existida Misa Tridentina. Conservar el Ritus Romanus no es una cuestión de estética: es, para nuestra Santa Fe, cuestión de vida o muerte. Pero ya volveremos sobre este asunto.

III. ¿TIENE EL PAPA ATRIBUCIONES PARA CAMBIAR EL RITO?

La respuesta a esta pregunta, tras las reflexiones precedentes, parece de una urgente necesidad. Pero, antes, conviene aclarar lo que entendemos por la palabra "Rito" en todo lo que exponemos a continuación. Lo podemos definir como las formas reguladoras del culto que, remontándose en definitiva hasta Cristo, han nacido, una a una, a partir de la costumbre general y sancionadas después por la autoridad eclesiástica. De esta definición se deducen las siguientes conclusiones:

1 . Si el rito ha nacido de la costumbre general -y sobre esto no hay duda para el conocedor de la historia de la liturgia-, no puede ser recreado en su totalidad.

Incluso en su principio, las formas de la liturgia cristiana no constituyeron nada fundamentalmente nuevo. De la misma manera que la Iglesia primitiva se separó progresivamente de la Sinagoga, así las formas litúrgicas de las jóvenes comunidades cristianas también se separaron progresivamente del ritual judío. Esto es válido tanto para la celebración de la Eucaristía, que está en íntima relación con las comidas rituales de los Judíos -por ejemplo la comida del sábado o la Pascual- como para las partes más antiguas del oficio de las horas, que se establecieron a partir de la liturgia de la oración sinagogal.

La ruptura con la Sinagoga se debió a la fe en el Resucitado; pero en lo referente a los ritos, casi no había diferencia con los Judíos. Así, después del día de Pentecostés, los nuevos bautizados seguían tomando parte en el culto del Templo (cf. Ac.11,46); el mismo San Pablo renovó con otras cuatro personas el voto judío de los Nazarenos e hizo que se ofreciese el sacrificio prescrito ante el Templo de Jerusalén (cf.Ac.XXI, 23-26).

Lo que verdaderamente había de nuevo en el culto cristiano, el memorial del Señor, en cumplimiento de lo que había ocurrido durante la Cena, estaba al principio orgánicamente ligado al rito judío de la fracción del pan. Esto era tanto más realizable cuanto que el mismo Jesús, en su cena de despedida, víspera de su Pasión, se había atenido al rito de los Judíos.

Lo que decimos de la Iglesia paleocristiana vale también de la Iglesia Primitiva. Es cierto que durante los tres o cuatro primeros siglos, no se empleaban los mismos textos litúrgicos, pero el culto cristiano se desarrollaba en todas partes poco más o menos de igual forma. Las tensiones llegaron cuando en el Siglo 11, en muchas partes, sobre todo en Occidente (en Roma) se cambió la fecha de la Pascua, que no se volvió a celebrar más el mismo día que los Judíos. Casi se llegó a un cisma con la Iglesia de Asia Menor. El Papa Aniceto y el obispo Policarpo de Esmirna acabaron poniéndose de acuerdo. Cada Iglesia tenía derecho a guardar sus costumbres hereditarias, tanto más cuanto que las dos podían apelar a la tradición.

2. Como el rito se ha desarrollado en el transcurso de los tiempos, podrá continuar haciéndolo en el futuro. Pero este desarrollo deberá tener en cuenta la intemporalidad de cada rito y efectuarlo de manera orgánica. El hecho de que, bajo Constantino, el cristianismo se convirtiese en religión del Estado, trajo como consecuencia un mayor desarrollo del culto. La misa no se celebró más en pequeñas iglesias domésticas, sino en las suntuosas basílicas. Prosperó el canto de la Iglesia. Y en todas partes se celebró la liturgia con una gran solemnidad.

Este enriquecimiento del culto contribuyó a la formación de ritos diversos tanto en Oriente como en occidente. Su expansión se apoyaba en la fe y el "pneuma" de algunas personalidades, que en su mayor parte eran obispos de renombre; en definitiva era su prestigio lo que daba lugar a nuevos formularios de la misa. Pero este desarrollo se ha efectuado siempre de manera orgánica, sin ruptura con la tradición y sin una intervención dirigista de las autoridades eclesiásticas. Estas no tenían otra preocupación en los concilios plenarios o provinciales que evitar irregularidades en el ejercicio del rito.

3. Existen en la Iglesia varios ritos independentistas. En Occidente, además del rito romano, existen los ritos galicano (ya desaparecido), ambrosiano y mozárabe; en Oriente, entre otros, los ritos bizantinos, armenio, siríaco y copto.

Cada uno de estos ritos ha recorrido una evolución autónoma, en el transcurso de la cual se han formado sus particularidades específicas. Este es el motivo por el que, simplemente, no se pueden intercambiar entre ellos elementos de estos ritos diferentes. Por ejemplo, no se puede utilizar una "anaphora" u oración eucarística oriental o algunas de sus partes, en la liturgia romana, como se hace en nuestros días en el nuevo rito de la misa; o a la inversa, emplear el canon romano dentro de las liturgias orientales.

Los papas han respetado siempre los diversos ritos de Oriente y de Occidente y sólo excepcionalmente han autorizado un cambio entre un rito oriental y uno occidental y a la inversa. Según el derecho canónico, el rito en que se realiza el bautismo es siempre determinante. (cf. CIC, can.98.1).

La cuestión que aquí se plantea es la siguiente: ¿al referirnos al "ritus modernus" nos referimos a un nuevo rito o se trata del desarrollo orgánico del rito romano ya existente? La respuesta a esta pregunta se deduce de los siguientes puntos.

4. Cada rito constituye una unidad homogénea. Por tanto la modificación de cualquiera de sus componentes esenciales significa la destrucción de todo el rito.

Exactamente esto es lo que ocurrió por primera vez en tiempos de la reforma cuando Martín Lutero hizo desaparecer el canon de la misa y enlazó el relato de la Institución directamente con la distribución de la comunión. No hace falta demostración alguna de que la misa romana fue destruida, aunque exteriormente se conservasen las formas existentes hasta entonces, igual que, al principio, los ornamentos sacerdotales y el canto gregoriano. En consecuencia, una vez abandonado el antiguo rito, se llegó en las parroquias protestantes a reformas siempre nuevas dentro del campo de la liturgia.

5. El regreso a formas primitivas no significa, en casos aislados, que se ha modificado el rito y de hecho este regreso ese posible dentro de ciertos límites. De esta manera no existió ruptura con el rito romano tradicional, cuando el Papa San Pío X volvió a establecer el canto gregoriano en su primitiva forma, o cuando devolvió a las misas dominicales "per annum" su rango inicial frente a las misas de los santos (de menor importancia). Lo mismo, el restablecimiento de la liturgia de la antigua vigilia pascual romana, bajo Pío XII, no significó que se cambiase el rito. También la nueva versión de las rúbricas bajo el Papa Juan XXIII, versión que introducía modificaciones bastantes profundas, no ha constituido un cambio de rito propiamente dicho ni tampoco el "ordo missae" de 1965, que siguió inmediatamente al concilio Vaticano II y a la instrucción para la aplicación de la Constitución conciliar para la Santa Liturgia, "ordo" cuya validez no duró ni cuatro años.

Dicho esto vayamos a nuestra cuestión: ¿tiene el Papa derecho a modificar un rito que se remonta a la tradición apostólica, tal como se formó a lo largo de los siglos? En la parte precedente hemos mostrado que la autoridad eclesiástica no ha ejercido nunca influencia notoria en la evolución de las formas litúrgicas. Se ha limitado a sancionar el rito nacido de la costumbre y aún eso lo ha hecho tardíamente, sobre todo después de la aparición de libros litúrgicos impresos y en Occidente solamente después del Concilio de Trento.

A esto hacía alusión el artículo 22 de la Constitución Litúrgica, al referirse al "Codex Iuris canonici" (can. 1257), donde se puede leer: "El gobierno de la santa liturgia depende únicamente de la autoridad de la Iglesia: pertenece a la Sede apostólica y, dentro de las reglas del derecho, al obispo ... por lo que absolutamente ninguna otra persona, aunque sea sacerdote, puede por propia cuenta añadir, quitar o cambiar cualquier cosa dentro de la liturgia".

El Concilio no ha explicado en detalle lo que se debe entender por "el gobierno de la santa liturgia (sacrae liturgiae moderatio)". De acuerdo con las costumbres existentes, no se puede tratar aquí de una completa reorganización del rito de la misa, ni de la totalidad de los libros litúrgicos, tal y como lo hemos vivido. Se puede deducir del contexto que los padres conciliares querían ante todo impedir que cada sacerdote arreglase los ritos "a su manera" que, como se sabe, actualmente es moneda corriente.

Los reformadores tampoco pueden apoyarse en el artículo 25 de la Constitución litúrgica, que dice: los libros litúrgicos serán revisados («recognoscantur») cuanto antes". El "Ordo missae" publicado en 1965, el que ahora cuestionamos, muestra cómo, en su origen y de acuerdo con las decisiones del Concilio, se había concebido la revisión del rito de la misa. El decreto de introducción dice expresamente que esta reorganización ("nova recensio") del "ordo missae" se ha realizado sobre la base de "mutationes" de la Instrucción para la aplicación de la Constitución litúrgica.

Todavía el 28 de mayo de 1966, el entonces secretario de Estado, Cardenal Cicognani, dirigía en nombre del Papa al arcipreste de Beuron, que le había enviado el nuevo misal Schott (postconciliar), una carta de agradecimiento, donde declaraba: "La característica y el punto esencial de esta nueva edición refundida es que es el resultado perfecto de la Constitución litúrgica del Concilio". Por consiguiente ni una sola palabra sobre el hecho de que aún habría que esperar una nueva y más amplia reestructuración del misal

Sin embargo, apenas tres años más tarde, el Papa Pablo VI sorprendía al universo católico con la publicación de un nuevo "Ordo missae" que llevaba la fecha de 6 de abril de 1969. Mientras que la revisión de 1965, había dejado intacto el rito tradicional contentándose sobre todo en conformidad con el artículo 50 de la Constitución litúrgica, de descartar del "ordo" de la misa cualquier aditamento posterior, con el "ordo" de 1969 se creaba un nuevo rito. Así pues, el "ordo" existente hasta aquí no fue revisado en el sentido como lo entendía el Concilio, sino que se encontraba totalmente abolido, más aún, algunos años más tarde, expresamente prohibido.

Resulta de todo esto que se puede hacer la siguiente pregunta: ¿una remodelación tan radical se mantiene aún dentro del cuadro de la tradición de la Iglesia? No basta, para hablar de una continuidad del rito romano, con que en el nuevo misal se hayan conservado ciertas partes del anterior, como lo hemos visto al principio, aunque se empeñen en demostrarlo.

Se podría -parece- derivar el derecho del Papa a introducir por propia iniciativa, es decir sin decisión de un Concilio, un nuevo rito, de su poder "pleno y supremo" (plena et suprema potestas) en la Iglesia -del que habla el Concilio Vaticano I-, en "lo tocante a la disciplina y gobierno de la Iglesia extendida por el mundo entero ("quae ad disciplinam et regimen Ecclesiae per totum orbem diffusae pertinent") (Dz.S. 3064).

Pero "disciplina" en ningún caso puede utilizarse para el rito de la misa, tanto más que varios Papas no han cesado de señalar que este rito se remonta a la tradición apostólica. Solo por esta razón no se puede apelar a la "disciplina y gobierno de la Iglesia". A esto se añade que no existe ni un solo documento, ni tan siquiera el "Codex Iuris canonici", que diga expresamente que el Papa, en cuanto Pastor supremo de la Iglesia, tenga el derecho de abolir el rito tradicional. Tampoco en ninguna parte se habla de que tenga derecho a modificar las costumbres litúrgicas particulares. En el caso presente, este silencio es de gran significación.

Los límites de la "plena et suprema potestas" del Papa han sido claramente determinados. Es indiscutible que, para las cuestiones dogmáticas, el Papa debe atenerse a la tradición de la Iglesia universal y por consiguiente según San Vicente de Lerins a lo que se ha creído siempre, en todas partes y por todos (quod

semper, quod ubique, quod ab omnibus). Varios autores expresamente adelantan que en consecuencia, no compete al poder discrecional del Papa abolir el rito tradicional.

Así, el célebre teólogo Suárez (+1617), refiriéndose a autores más antiguos como Cayetano (+1534) piensa que el Papa sería cismático "si no quisiera, como es su deber, mantener la unidad y el lazo con el cuerpo completo de la Iglesia, como por ejemplo, si excomulgara a toda la Iglesia o si quisiera modificar todos los ritos confirmados por la tradición apostólica".

Para aquellos que no concedan peso a esta afirmación de Suárez, señalemos otro argumento que aún podrá ser de mucha mayor importancia, en cuanto al derecho que tienen los Papas a disponer de los ritos heredados de la tradición: el hecho recordado más arriba que hasta Pablo VI, ningún Papa ha emprendido una modificación tan amplia de las formas litúrgicas como a la que hemos asistido; que no se aceptaba sin más la más mínima innovación en un rito.

Cuando el Papa San Gregorio el Grande (+604), en el rito romano, quitó la fracción del pan del final del canon para colocarla justo antes de la comunión, como en el rito bizantino, fue violentamente criticado; por lo que el Papa en carta al obispo de Siracusa debió defenderse de haber procedido a esta modificación y a otras de menor importancia. En muchos lugares hubo que esperar al siglo VIII para que la reforma de San Gregorio se impusiera.

Pero por otra parte, este Papa jamás pensó en introducir fuera de Roma aquel misal destinado sólo a las misas de las estaciones papales y no a la liturgia de las iglesias parroquiales o iglesias titulares ("Liber sacramentorum Romanae ecclesiae"). Se conoce su principio: "In una fide nil officit sanctae ecclesiae consuetudo diversa", que quiere decir "Si la unidad de la fe está salvaguardada, las diversas costumbres (consuetudo) rituales no perjudican a la Santa Iglesia".

Porque el sacramentario de San Gregorio, poco a poco se extendió también fuera de Roma, pudo servir posteriormente de base al "Missale romanum". Se quería imitar el rito de la ciudad de Roma a causa de la veneración que se tenía a San Pedro. Tengamos en cuenta que ningún Papa, ni después de San Gregorio, ha insistido para que este sacramentario fuese adoptado.

Así San Bonifacio, tan ansioso de seguir las directrices de los papas y que consultaba a Roma para cualquier detalle, no utilizó el misal de la ciudad de Roma, sino el misal que se empleaba en su monasterio de origen al norte de Inglaterra. Era éste totalmente diferente al misal romano, en cuanto a oraciones y prefacios, teniendo sólo en común el canon. Además utilizaba una versión anterior a la época del Papa San Gregorio.

Ciertamente no es misión de la Sede Apostólica introducir novedades dentro de la Iglesia. El primer deber de los Papas es vigilar, en cuanto obispos supremos (episcopi = vigilantes) en lo dogmático, moral y litúrgico.

Desde el Concilio de Trento, la revisión de los libros litúrgicos forma parte de los plenos poderes de la Sede Apostólica; consiste en examinar las ediciones impresas así como en proceder a cambios mínimos como, por ejemplo, la introducción de fiestas nuevas. como lo hizo San Pío V, cuando a petición del Concilio de Trento asumió la revisión del misal de la Curia romana, utilizado hasta entonces en Roma y en muchas regiones de la Iglesia de Occidente; y que publicó en 1570 como "Missale romanum". Como hemos demostrado más arriba, no se puede hablar aquí de un nuevo misal de este Papa.

Es necesario también señalar lo siguiente: ni en la Iglesia Romana ni en la de Oriente ningún patriarca, ni ningún obispo, por su propia autoridad, ha impuesto una reforma litúrgica. Pero tanto en Oriente como en Occidente, a lo largo de los años ha existido un desarrollo orgánico y progresivo de las formas litúrgicas. Cuando Nikón, patriarca de Moscú, intentó en el siglo XVIII emprender algunas modificaciones sobre detalles del rito, relativas a la forma de escribir el nombre de Jesús o con cuántos dedos era conveniente persignarse, dio como resultado un cisma. Alrededor de doce millones de "viejos creyentes" (raskolniks) se separaron entonces de la Iglesia del Estado.

Sin embargo añadimos también: si el Papa, por ejemplo, a consecuencia de las decisiones del Concilio Vaticano II, hubiese autorizado "ad libitum" o "ad experimentum" algunas novedades, sin que el propio rito hubiese sido modificado, no habría nada que objetar en cuanto al desarrollo orgánico del rito a largo plazo.

Ha habido cambio de rito no solamente por causa del nuevo "Ordo missae" de 1969, sino también por causa de la amplia reorganización del año litúrgico y del santoral. Añadir o quitar una u otra fiesta, como se hacía hasta ahora, ciertamente no cambia el rito. Pero de hecho se han realizado innumerables cambios e introducido muchas innovaciones como consecuencia de la reforma litúrgica, que no ha dejado subsistir casi nada de lo anteriormente existente.

En atención a que no existe ningún documento que mencione expresamente el derecho de la Sede apostólica a modificar o a abolir el rito tradicional y que no se puede probar que haya existido ningún predecesor de Pablo VI que interviniese de manera significativa en la liturgia romana, debería ser más que dudoso que un cambio de rito pueda estar dentro de las competencias de la Sede apostólica. Por el contrario y sin ninguna duda, ésta tiene el derecho de sancionar y controlar los libros litúrgicos, así como las costumbres litúrgicas.

IV. A PROPOSITO DE LA REFORMA DEL "ORDO MISSAE"

¿Se hubiera podido llevar a cabo las decisiones del Concilio, sin modificar el rito de la misa?

El primero que emprendió una reforma de la liturgia, y esto en razón a consideraciones teológicas, fue sin duda alguna Martín Lutero. Negaba el carácter sacrificial de la misa y por ello estaba escandalizado por ciertas partes de la misa, en particular por las oraciones sacrificiales del canon.

Expuso sus ideas de reforma en su "Formula missae" de 1523 y también en su "Deutsche Messe und Ordnung des Gottesdienstes" (Misa alemana u ordenanza del culto divino) de 1526.

Lutero fue lo suficientemente listo para no dejar que sus innovaciones litúrgicas pudiesen ser claramente percibidas. Sabía la importancia de las formas y las costumbres tradicionales enraizadas en el pueblo. Era necesario que sus partidarios no se percatasen demasiado de las diferencias con la misa que había existido hasta entonces. Además, Lutero era adicto a los antiguos ritos y cantos. Sólo modificó lo que, según su criterio, era un abuso o estaba en contradicción con su concepción teológica.

Cuando por ejemplo el reformador y sus partidarios empezaron a suprimir el canon, nadie se dio cuenta, pues, como se sabe, el canon se decía siempre en voz baja. Prudentemente Lutero no suprimió enseguida la elevación de la hostia y el cáliz: hubiera sido lo primero de que se hubiesen percatado los fieles. Se continuó, como antaño, empleando el latín y el canto gregoriano, al menos en las grandes iglesias. En cuanto al canto en alemán ya era muy conocido antes de la Reforma y, en muchas ocasiones, cantado en el transcurso de la misa. Nada parecía constituir una cosa nueva.

La nueva reorganización de la liturgia, sobre todo las profundas modificaciones del rito de la misa, que han tenido lugar bajo el pontificado de Pablo VI y que con el tiempo han llegado a ser obligatorias; han sido aún más radicales que la propia reforma litúrgica de Lutero, por lo menos en lo concerniente al rito externo y no han tenido en cuenta el sentimiento popular.

Aún no ha sido puesto suficientemente en claro, como en el caso de Lutero, en qué medida han podido ejercer influencia las consideraciones dogmáticas. En un estudio realizado por G. May cita entre otras "el rechazo del elemento latréutico" así como la "supresión de fórmulas trinitarias" y "el debilitamiento del papel del sacerdote".

Lo que es verdaderamente trágico es que una gran parte de los artífices de los nuevos libros litúrgicos, entre ellos los obispos y sacerdotes afines a la "Jugendbewegung", eran gentes absolutamente de buena fe que no se dieron cuenta, o no inmediatamente, de los aspectos negativos de la reforma. Desde luego

vieron en la nueva liturgia la culminación de las ansias que habían alimentado durante mucho tiempo. En todo caso ciertamente la nueva teología (liberal) es la que apadrinó la reforma. Es particularmente claro para la colección de cánticos "Gotteslob". Sin embargo no es necesario llegar a afirmar, como sucede a veces, que por razón del nuevo "ordo", la misa sería en sí misma inválida. Pero el número de misas verdaderamente inválidas, podría muy bien haber considerablemente aumentado a partir de la reforma litúrgica.

Ni las apremiantes censuras de Cardenales de prestigio, que habían emitido objeciones dogmáticas respecto del nuevo rito de la misa, ni las insistentes súplicas provenientes de todas las partes del mundo, impidieron que Pablo VI introdujera imperativamente el nuevo misal. Ni siquiera el peligro de una ruptura como la de Mons. Lefebvre, pudo decidirle a tolerar el antiguo rito al lado del nuevo; lo que actualmente, en estos tiempos de pluralismo de la Iglesia, hubiera sido de fácil aceptación.

Pero volvamos a nuestra cuestión propiamente dicha: ¿Las reformas emprendidas como resultado del Concilio eran necesarias en su totalidad? ¿qué es lo que la pastoral ha ganado en todo ello? ante todo: ¿Era esto lo que deseaban los padres conciliares?

Una de las mayores preocupaciones del Concilio fue "que los fieles no asistan a este misterio de fe como espectadores ajenos y mudos, sino que comprendiendo bien sus ritos y oraciones participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada; sean instruidos por la palabra de Dios, reciban en el altar el Cuerpo del Señor, o den gracias a Dios; que, ofreciendo la víctima inmaculada por las manos del sacerdote, unidos a él, se ofrezcan también ellos mismos".

¿Después del Concilio, las misas son más atrayentes para los fieles? ¿Ha contribuido la nueva liturgia al aumento de la fe y de la piedad? Apenas parece que ha sido así. Poco después de la introducción en 1969 del nuevo "ordo missae", nuestras iglesias se vaciaban más y más y disminuía el número de nuestros sacerdotes y religiosos en proporciones preocupantes. Son muchas las posibles causas. No obstante, la reforma litúrgica no ha sido capaz de parar esta evolución negativa y probablemente ha contribuido no poco a fomentarla.

Vamos a demostrar en lo que sigue que la reorganización del "ordo" de la misa de 1969 ha ido más lejos de lo que hubiese sido necesario a los ojos del Concilio y que no lo exigía una pastoral adaptada a la época actual; y además las exigencias del Concilio en materia litúrgica se hubieran podido satisfacer sin modificaciones esenciales del rito de la misa ya existente.

El "ordo missae" publicado en 1965, poco después del Concilio y al que se ha hecho referencia anteriormente, mostraba claramente que en un principio no se había pensado en una reforma fundamental del "ordo missae". Como expresamente se hace notar en su introducción, se tuvieron en cuenta las exigencias de la Constitución litúrgica, de que el antiguo rito permaneciera intacto aparte de algunos cambios y supresiones secundarias (como la del salmo XLII, en las oraciones al pie del altar y el último evangelio). Ciertamente se estará de acuerdo que en las instrucciones para la aplicación de la Constitución sobre la liturgia (Instructio ad exsequendani Constitutioneni (le liturgia) de 26 de septiembre de 1965, de lo que se trataba era solamente de una mera "restauración de los libros litúrgicos" ("librorum liturgicorum instauratio") (nº 3). Un teólogo sin prevenciones, que conociese las costumbres romanas, pensaría en una revisión mesurada, particularmente en un enriquecimiento de los textos litúrgicos existentes, pero nunca en una nueva modificación del rito de la misa. Si no por qué el decreto de introducción del "ordo missae" de 1965 ordenaba que este "ordo" "sea tenido en cuenta para las nuevas ediciones del "Missale romanum" ("in novis missali roimani editionibus assumeretur")? No se hacen imprimir unos misales destinados a tener sólo cuatro años de validez. Por consiguiente el nuevo "ordo missae" de 1965 era, evidentemente, el previsto para los nuevos misales, revisados según la "Instructio".

En el artículo 50 de la Constitución sobre la Liturgia se habla de suprimir en el rito revisado "lo que a lo largo de los años haya sido doblado o añadido sin gran utilidad". Desgraciadamente, esta declaración, fue redactada en términos muy generales. Sin duda, la mayoría de los padres conciliares pensaron aquí en el doble "confiteor" (uno al principio de la misa y otro antes de la distribución de la comunión) como en ciertas oraciones privadas del sacerdote y en el último evangelio.

El mismo artículo dice: "Se establecerán, según la antigua norma de los Santos Padres, aquellas cosas que han desaparecido en el transcurso del tiempo, en la medida que parezca oportuno o necesario". Sin duda se habrá pensado aquí en la oración universal, antes del ofertorio, y en una más abundante elección de prefacios. De lo cual hablaremos más adelante.

No habría nada que objetar a estos cambios, pues con ellos no se destruía el rito existente, sino que se le vivificaba y como había ocurrido a lo largo de los siglos precedentes, se le desarrollaba de manera orgánica. Examinemos ahora las novedades aportadas por el "ordo missae" de 1969, por consiguiente cuatro años después de la revisión de 1965, así como las aportaciones de la versión alemana de 1976.

Desde el inicio de la celebración, los ritos de introducción, en gran parte, constituyen una creación nueva. Se componen de una "salutación del sacerdote a la asamblea del pueblo" -que puede ser ampliada con una introducción a la misa del día-, y de una "preparación penitencial", a la que se añaden el "Kyrie" y el "Gloria" o los textos o cánticos correspondientes.

Los ritos de introducción, dotados -sobre todo en la versión alemana del misal- de numerosas "prescripciones de posibles opciones" abren una puerta enorme al arbitrio del sacerdote celebrante. ¡Qué cantidad de palabrería deben soportar los fieles desde el comienzo de la misa! Tal como sucede más de una vez en las comunidades protestantes.

Cuando antaño el cura quería instruir a la asamblea con un comentario de introducción a la misa -lo que era y es una buena cosa- lo podía hacer antes del comienzo de la misa. Así la misa no se interrumpía con un segundo "sermón". Nos damos cuenta de esta ruptura especialmente ahora, durante la misa-solemne cantada en latín, cuando después del canto del comienzo, le sigue una salutación y una introducción, con frecuencia muy larga, a la que sigue la "preparación penitencial".

Recordar con frecuencia a los fieles la necesidad del espíritu de penitencia, objeto de la "preparación penitencial", es ciertamente importante. Pero nos podemos preguntar si se ha hecho bien en colocarla en un sitio fijo, dentro de la misa, y además si este "reconozcamos que somos pecadores" no se convertirá a la larga en una simple fórmula. Es necesario que la importancia de la "confesión sacramental" no se vea disminuida a ningún precio.

La historia de la liturgia revela que en el rito romano, hasta el final del primer milenio, sólo se efectuaba una silenciosa preparación del sacerdote celebrante. Este, una vez que había entrado en la iglesia, se colocaba a los pies del altar, profundamente inclinado, hasta después del "Gloria Patri" del introito cantado por el coro. Las oraciones al pie del altar que se introdujeron poco a poco y se han transmitido en varias versiones, en ningún momento de su historia ha sido una oración dialogada entre el sacerdote y el pueblo. Fue durante las misas dialogadas de los años veinte cuando se instauró esta costumbre.

La preparación penitencial bajo la forma de una confesión pública de los pecados (confessio publica) se la conoce desde la edad media. No se le recitaba al comienzo de la misa sino después del sermón. Las más antiguas fórmulas que se nos han conservado se remontan hacia el año 800. Pertenecen junto con el "Pater" y el cuestionario del bautismo, a los más antiguos monumentos litúrgicos del antiguo alto-alemán.

En lo relativo a la liturgia de la palabra ("liturgia verbi") del nuevo "ordo" de la misa, se puede observar simplemente que no hay ninguna objeción a la posibilidad de una lectura suplementaria (sacada del Antiguo Testamento) y menos aún a la proclamación de pericopes en la lengua del país, como lo previene el artículo 36,2 de la Constitución litúrgica.

El empleo en las lecturas de la lengua vulgar del país no era raro en la liturgia romana de los primeros tiempos. En el siglo IX los propagadores de la lengua eslava, los santos Cirilo y Metodio, emplearon en sus actividades misioneras en Moravia, una traducción en eslavo del evangelario latino -hecha por ellos mismos. En la misma Roma, por lo menos en ciertos días, las lecturas se hacían, en griego para la parte del pueblo que hablaba esta lengua, permaneciendo esta costumbre hasta el corazón de la edad media.

¡Pero tenemos nuestras reservas en cuanto a la nueva ordenación de las lecturas! Para responder al artículo 35 de la Constitución litúrgica, hubiera sido totalmente normal crear otra serie de pericopes para los domingos y una lectura continua ("lectio continua") para los días de la semana. Esto hubiese sido un enriquecimiento del antiguo misal. Pero ¿por qué razón abolir al mismo tiempo la ordenanza de las antiguas pericopes? Volveremos sobre esto.

Era una antigua costumbre eclesiástica que el celebrante permanezca sentado mientras el lector declama las lecturas, lo que en el rito romano se reserva nada más que para las misas pontificales; a este respecto no hay nada que objetar al nuevo rito. Tampoco a la plegaria universal que, conforme al artículo 55 de la Constitución litúrgica, se coloca al final de la liturgia de la palabra. En el mismo lugar y en todos los ritos se encuentran oraciones de este tipo. También se las encuentra en la más antigua liturgia romana. El "Oremus" aislado, antes del ofertorio, es un testimonio de ello que ha permanecido en el antiguo rito.

Desde la edad media hasta una época muy reciente, se tenía una homilía. La pronunciaba el sacerdote desde lo alto del púlpito y en lengua vernácula, así como también la "confesión pública" a continuación del sermón. Ciertamente no era una solución ideal.

Desgraciadamente, el texto de la oración universal después del evangelio no ha sido fijado en el nuevo misal, como lo había sido en las diferentes liturgias de la Iglesia de Oriente y en los ritos galicano y ambrosiano. Los textos de estos ritos hubiesen podido servir de modelo para su formulación. En nuestros días asistimos a las peores desviaciones en la libre elaboración de esa oración. Ni siquiera los formularios presentados a los fieles en el librito "ad hoc" apenas se pueden utilizar. Sí, es nuevo y a la vez contrario a la tradición litúrgica pronunciar la oración universal no en el altar sino en la sede. Para recitar una oración larga, como por ejemplo las grandes oraciones del Viernes Santo, el celebrante subía al altar a fin de encontrarse, como los fieles, vuelto hacia el Oriente para rezar [511].

Más adelante` trataremos de la celebración "versus populum", que no está (todavía) ordenada de forma imperativa en el nuevo rito, aunque según la "Institutio generalis missalis " sea recomendable.

La siguiente parte de la misa en el nuevo misal se titula "liturgia eucarística" ("liturgia eucarística "). Contentémonos aquí donde sólo es cuestión del rito de señalar que a esta denominación te falta toda alusión al hecho de que la misa es un sacrificio.

La primera parte de la "liturgia eucarística" se denomina "preparación de las ofrendas", mientras que en la versión latina de esta oración se encuentra la palabra "offerimus", en la versión alemana encontramos una fórmula que debilita el "offerimus ": "Te presentamos este pan (o este vino) ante tu faz.

En la versión francesa se dice: "Bendito seas ... Tú que nos das este pan ... nosotros te lo presentamos". Desde el punto de vista de la historia de la liturgia, no habría nada que objetar a nuevas preces de ofertorio. El rito romano no conoció hasta la edad media, fuera de la oración "super oblata" (la secreta), ninguna de esas fórmulas. Los textos que, a continuación, aparecieron poco a poco y que se llamaron "canon minor", no estaban escritos en todas partes de la misma manera, ni dispuestos en el mismo orden. El celebrante los pronunciaba en voz baja. No obstante los nuevos texto son poco satisfactorios.

La segunda parte se titula "oración eucarística" (prex eucarística). La antigua denominación romana era "prex oblationis" (oblación de] sacrificio), a veces simplemente "prex " u "oblatio". En esta parte se encuentran las modificaciones más importantes con respecto al rito anterior. La menos significativa es la posibilidad de diversos prefacios; los sacramentos de la edad media, así como actualmente en el misal milanés, también tienen efectivamente un prefacio especial casi para cada misa.

En cambio, los tres nuevos cánones constituyen por sí mismos una ruptura completa con la tradición. Se han compuesto de nuevo siguiendo modelos orientales y galicanos y representan, al menos por su estilo, un cuerpo extraño en el rito romano. Además hay teólogos que hacen objeciones relativas a ciertas partes de su formulación.

La plegaria eucarística de los ritos orientales -se la denomina "anáfora", es decir, plegaria sacrificial-, tiene una estructura diferente a la del canon. Mientras que en el rito romano la primera parte, la oración de acción de gracias propiamente dicha (el prefacio) es variable; las plegarias que preceden y siguen al recitado de la Institución tienen siempre el mismo texto; de aquí el nombre de "canónica prex" (oración fija) o, más tarde, "canon missae".

En cambio, en las Iglesias de Oriente, la "anáfora" es invariable en su totalidad; pero se puede intercambiar con otra. Así por ejemplo el rito bizantino conoce dos "anáforas", una de San Juan Crisóstomo y otra de San Basilio. en otras Iglesias orientales existen también otras fórmulas.

La modificación que ordenó Pablo VI de las palabras de la consagración y de la frase que le sigue, empleadas en la liturgia romana durante más de 1.500 años, no estaba prevista por el Concilio y carece de utilidad para la pastoral. La traducción de "pro multis" por "por todos", que se refiere a modernas concepciones teológicas, no se encuentra en ningún texto litúrgico antiguo, es cuanto menos dudosa y por lo mismo ha escandalizado.

Desde el punto de vista del rito, extraña que se hayan podido retirar sin motivo las palabras "Mysterium fidei " (cf. 1 Tim. 11,9) insertadas en las palabras de la consagración, aproximadamente desde el siglo VI, para darles una nueva utilización: se convierten en una llamada del sacerdote después de la

consagración. Una llamada de esta clase "¡Misterium fidei!" jamás se ha usado. La aclamación de la asamblea de "Proclamamos tu muerte" sólo se encuentra en algunas "anáforas" egipcias. Es ajena a otros ritos orientales y a todas las plegarias eucarísticas occidentales y no encaja tampoco en absoluto con el estilo del rito romano. Esto representa una absurda ruptura en el discurso, pues mientras nos estamos dirigiendo a Dios Padre, de pronto y bruscamente lo hacemos al Hijo.

La tercera parte de la "celebración eucarística" se titula "Comunión". Al comienzo encontramos al "Pater". Tras la introducción habitual (pero sin el "Oremus" preliminar), se canta no por el sacerdote, sino por el pueblo.

Esta costumbre se corresponde con los ritos orientales. sin embargo, en el nuevo rito, no se toma de éstos, sino de la misa dialogada de los años veinte. Se puede juzgar de diversas formas esta nueva manera de actuar, pues hay razones que militan en favor y en contra; pero lo cierto es que representa un importante cambio del rito anterior, que se advierte especialmente en la misa cantada.

La oración "Libera" que le sigue, también ha sido modificada. No sólo se ha omitido el mencionar a la Madre de dios y a otros santos, sino que se la ha dado un nuevo final; la proclamación por el pueblo de la doxología: "tuyo es el reino

Es verdad que los ritos orientales conocen esta doxología, aunque en una forma (trinitaria) más desarrollada; pero ella sirve al celebrante para concluir la oración del Señor dicha por el diácono o el coro. En el nuevo "ordo" de la misa, esta doxología recitada por el pueblo en el contexto en que se dice, es una clara copia del culto protestante.

De igual manera las oraciones y los ritos de la comunión han sufrido profundas modificaciones. No hablaremos aquí de la comunión en la mano y de su problemática, puesto que esto no estaba previsto en el "ordo missae" latino de 1969.

La oración privada del celebrante preparatoria al beso de paz, que no aparece en la misa romana, sino relativamente tarde, esto es, en el siglo XI, en el nuevo rito se ha transformado en una fórmula dicha en alta voz. Ahora se hace a continuación de la bendición "Pax domini" (antes se hacía después de el "Libera").

Durante la "fractio panis" el nuevo rito prevé cantar tres veces el "Agnus Dei". El tiempo dado a este canto, según el nuevo rito, es demasiado corto, sobre todo si el canto se ejecuta en polifonía por el coro. En efecto, la invitación a comulgar (dicha en voz alta) debe inmediatamente seguir a la fracción. Contrariamente a la práctica en vigor hasta aquí, esta invitación se coloca en lo sucesivo antes de la comunión del sacerdote. Todo esto no constituye una feliz solución y no representa, además, ninguna gran utilidad para la pastoral en relación con la antigua misa.

En definitiva, la pregunta es la siguiente: ¿qué se ha querido obtener con estas modificaciones, de las que algunas son mínimas? Tal vez se ha querido simplemente realizar las ideas favoritas de algunos especialistas en liturgia, ¡pero a costa de un rito de 1.500 años de antigüedad!, o bien ¿estas innovaciones representan la deseada destrucción del "ordo" existente hasta hoy, puesto que los nuevos "acentos" que se han querido introducir están en contradicción con el universo de fe, a partir del cual se ha desarrollado el antiguo rito?

En todo caso, desde el punto de vista pastoral -que es lo que importaba al Concilio- la mayor parte de estas reformas eran inútiles. Por ejemplo, para hacer la distribución de la comunión más fecunda desde el punto de vista pastoral, hubiera sido suficiente reemplazar las palabras de invitación dichas en latín "Ecce agnus Dei", "Domine non sum dignus..." por nuevas fórmulas ad libitum en lengua vernácula. También hubiera sido posible reintroducir en el rito existente el beso de paz bajo una forma adaptada a la sensibilidad de cada nación.

Además, las modificaciones siguientes constituyen, por sí mismas una destrucción innecesaria de la antigua liturgia; la supresión del "Dominus vobiscum" antes de la colecta, así como antes del ofertorio y de la postcomunión; el cambio de la larga fórmula final "Per Dominum nostrum..." por una más corta "Por Jesucristo nuestro señor"; en fin, el desplazamiento del "Ite missa est" (ahora después de la bendición).

Si añadimos a las modificaciones mencionadas, las numerosísimas "prescripciones para posibles opciones", como las que se encuentran en la versión alemana del misal, se ha contribuido a introducir la

arbitrariedad en la "organización" de la misa; así, por ejemplo, cuando se propone como alternativa al "Credo" de la misa el Símbolo de los Apóstoles y cuando en otros casos, se lee en la rúbrica que sigue que este símbolo "debe ser, por regla general, recitado o cantado textualmente". De aquí sin dificultad se deducirá la autorización para utilizar en la misa, dada la ocasión, otras formas "modernas" del "Credo", como está ocurriendo actualmente, que se utilizan a este efecto texto de Dorothee Sölle.

La versión alemana de la misa lleva las reformas más lejos que el "ordo missae" de 1969, tal como aparece en su edición típica. Abre la puerta, de par en par, a la organización de la misa por el celebrante. Casi en cada parroquia se han elaborado formas del "ordo missae" diferentes; de las que algunas se alejan considerablemente de lo que el misal oficial presenta como norma, y sin que las autoridades de la Iglesia intervengan.

¿Qué se ha ganado, con la nueva liturgia, en favor de la "participación activa" ("Actuosa participatio") de los fieles tan deseada por el Concilio?: Nuestra respuesta no puede ser otra: nada que no se hubiera podido obtener sin modificar sustancialmente el rito existente hasta hoy. La proclamación de las lecturas en lengua vernácula -y eventualmente, como hemos dicho, péripicos suplementarios opcionales para los domingos y una lectura continua para los días de la semana- la reintroducción de la oración universal antes del ofertorio, la posibilidad de otros cantos al lado de los gregorianos, todo esto hubiese sido suficiente para incitar a los fieles a participar activamente en la misa.

De todas formas no se trataba en el artículo 36 de la Constitución litúrgica del empleo exclusivo de la lengua vernácula, lo que en nuestros días constituye un cierto aldeanismo, en una época como la nuestra de turismo de masas y de grandes desplazamientos obreros. Tampoco se encuentra en este documento nada que se refiera a la supresión del canto gregoriano latino.

Desgraciadamente no se han contentado con algunas reformas juiciosas y necesarias; han descuidado la recomendación del Concilio, que en el artículo 23 de su Constitución sobre la liturgia dice: "Sólo se harán innovaciones si la utilidad de la Iglesia las exige verdadera y ciertamente". Han querido más: han querido mostrarse abiertos a la nueva teología tan equívoca, abiertos al mundo de hoy.

Por esto, los artífices del nuevo rito de la misa no pueden apelar al Concilio, aunque no cesen de hacerlo. Las instrucciones del Concilio están escritas en forma general y permanecen abiertas a diversas soluciones. En cualquier caso lo cierto es que el nuevo "ordo missae" no hubiera recibido la conformidad de la mayoría de los padres conciliares.

V. OTRAS OBSERVACIONES CRÍTICAS

El nuevo "ordo" de la misa y la ordenación de las lecturas

De todo lo que se ha promulgado en estos últimos veinticinco años con respecto a las innovaciones litúrgicas -comenzando por el decreto de 9 de febrero de 1951 sobre la renovación de la liturgia de la Semana Santa, promulgada por Pfo XII y por el código de rúbricas de 25 de julio de 1960, hace tiempo en desuso, siguiendo por los pequeños cambios hechos continuamente, hasta la reforma del "ordo missae" de 6 de abril de 1969-, muchas cosas, a la larga, se han revelado inútiles y perniciosas para la vida espiritual de la Iglesia.

Como hemos visto, el Vaticano II había pedido en la Constitución sobre la Santa Liturgia un nuevo "ordo missae" y en su artículo 50 propugnaba una revisión del "ordo" existente, proponiendo sólo ideas generales a este respecto, sin aplicarlas a puntos precisos y sin fijar plazo. Sólo se indicaba, en el artículo 25, que los trabajos deberían ser emprendidos "cuanto antes" ("quam primun")

No habían transcurrido ni cinco años después del Concilio, cuando se puso a punto y se sometió a la aprobación del Papa Pablo VI un nuevo "ordo missae". La promulgación del texto se hizo -después de algunas modificaciones, como ya es sabido- en la misma forma autoritaria con la que la Congregación de Ritos, desde el Concilio de Trento no había cesado de introducir pequeñas modificaciones al rito oficial.

Desde aquel momento la resistencia contra el nuevo rito no dejó de crecer en la Iglesia. Hasta cardenales prestigiosos, como dijimos anteriormente, se pronunciaron en contra. Es interesante hacer constar que éstos no sólo eran de los llamados conservadores, que desde luego no estaban en absoluto satisfechos con

el nuevo "ordo"; sino también de los progresistas. Estos últimos, sobre todo porque no se habían tenido en cuenta algunos de sus deseos y porque el conjunto constituía evidentemente un compromiso poco satisfactorio.

Esta es la causa por la que los progresistas no respetaron el nuevo rito y, a pesar de las advertencias de Roma, no lo harán en el futuro. Continuarán haciendo experiencias. El desorden litúrgico seguirá en aumento. Por su parte, los conservadores no entienden el sentido de todas estas innovaciones, que han destruido una antigua tradición, sin reemplazarla por algo realmente nuevo y que sea mejor. Pero la mayoría de ellos, los conservadores, por escrúpulos de conciencia, observan mal que bien las "nuevas rúbricas".

De hecho gran número de nuestros viejos sacerdotes han contribuido a que se instalase el nuevo rito tan rápidamente y sin mayores dificultades. No quisieron pasar por anticuados y retrógrados a los ojos de los sacerdotes jóvenes. Por otro lado la nueva liturgia en lengua vernácula, respondía a los deseos de curas de almas que ya habían "organizado" misas de este tipo, aunque esto se hubiese hecho por "vías paralelas". Mientras el sacerdote celebraba en el altar la misa en latín, otro sacerdote o un tercer lector recitaba con el pueblo la misa en alemán y les hacía cantar himnos. En cuanto a otros que no hacían nada de esto, habían aprendido a obedecer incondicionalmente a los dictados de las autoridades eclesiásticas aunque no comprendían el sentido de estas innovaciones. No podían ni imaginar qué fuerzas se enfrentaban en esta reforma litúrgica.

Este enfrentamiento de fuerzas en el seno de la Curia Romana no salió a la luz en el momento, ni siquiera para personas iniciadas. Es posible que el futuro permita ver más claro. Sin embargo la investigación litúrgica puede poner en evidencia las verdaderas fuentes del nuevo "ordo missae". Estas no están enraizadas en la tradición de la Iglesia primitiva, como se podría creer y como a menudo se oye decir, ni siquiera en la tradición que tenemos en común con la Iglesia de Oriente; más bien hay que buscarlas en la época actual.

Desde un primer vistazo se pueden encontrar semejanzas con el rito de los "viejos católicos" alemanes, seguidores del Dr. Döllinger que en 1870 se separaron de la Iglesia al no aceptar la definición de infalibilidad del Papa hecha en el Concilio Vaticano I. Piénsese, por ejemplo, en la breve "preparación penitencial" al principio de la misa o en la forma de la "oración universal". Añádase, como en los "viejos católicos", el uso casi exclusivo de la lengua alemana.

La herencia de la "Jugendbewegung" alemana y de la "misa dialogada" que ella practicaba es al menos tan importante como la de la misa de los "viejos católicos". Por influjo de esta "misa dialogada" en particular se han apropiado de ciertas oraciones privadas del sacerdote transformándolas en fórmulas pronunciadas en voz alta, como la oración al pie del altar que originariamente recitaban los acólitos alternando con el celebrante, mientras el coro cantaba el "introito"; lo mismo las respuestas "Deo gratias" y "Laus tibi Christe" a las lecturas (en el antiguo "ordo" sólo las decía uno de los acólitos); lo mismo, el "Orate fratres" dicho en voz alta y vuelto hacia el pueblo (y su respuesta "Suscipiat") que era hasta ahora una invitación dirigida a los acólitos; y sobre todo el final del canon, pronunciado ahora solemnemente a partir del "Per ipsum" y el "Pax Domini" dicho en voz alta antes de la santa comunión, que al principio era una simple oración privada del sacerdote. Pero sobre todo proviene de la "misa dialogada" el uso - extraño al rito romano y al rito occidental en general- de recitar el "Pater" por el pueblo al mismo tiempo que el sacerdote.

El "Porque tuyo es el Reino..." recitado por el pueblo a continuación del "Pater", está sacado del culto protestante. Pero sobre todo la desviación consistente en poner el acento en el carácter de cena que tiene la misa ("celebración eucarística"), desplazando fuertemente a un segundo plano su carácter sacrificial, es totalmente protestante.

El uso de la palabra "sacrificio" es absoluta y voluntariamente evitado en el texto de la "Institutio generalis Missalis romani". Sólo aparece de forma verdaderamente accesoria, por ejemplo, en el número 2 ("sacrificiutn eucharisticum"). Por el contrario la Constitución sobre la Sagrada liturgia habla claramente siempre de "sacrificium missae" (tanto en los números 49 como en el 55) mientras que la "Institutio generalis" sólo habla de "eucharistia" (números 282 y 285) o "celebratio eucharistica" (números 5 y 285), lo que corresponde exactamente al término "celebración eucarística".

Visiblemente la definición de la misa que se había dado en la primera versión del nuevo "ordo missae" estaba sacada de la teología de la cena protestante: "La cena del Señor o misa es la sinaxis sagrada o asamblea del pueblo de Dios, reunido bajo la presidencia del sacerdote, para celebrar el memorial del

Señor". Que esta definición se encuentre en un documento que lleva la firma de Pablo VI y que a continuación tuviese que corregir esta definición, muestra de forma brutal cuánta confusión existe hoy en la Iglesia.

Es necesario también señalar esto: muchos elementos, que no habían sido experimentados aún, encontraron su lugar en el nuevo "Ordo", como los "ritus iniciales", lo que es totalmente contrario a las costumbres seculares de la Curia. Y estos elementos sin haber sido previamente experimentados fueron seguidamente introducidos de forma definitiva. De esta forma el nuevo "ordo missae", como en general el nuevo "Missale romanum", impidió una reforma auténtica y durable de la misa en el espíritu del Concilio Vaticano II.

La Iglesia de hoy no necesita de un nuevo "ordo missae". Lo que verdaderamente necesita es de una vida espiritual floreciente, gracias a la cual la crisis de fe, que también lo es de autoridad, pueda ser superada. Pero en esta crisis de autoridad la culpa incumbe en parte a la misma Roma.

La vida no excluye ni el orden ni la autoridad, sino todo lo contrario. La vida, sobre todo la espiritual, no puede prosperar si no en el orden. Pueden prosperar incluso en un orden que parezca a primera vista anticuado, como el rito tradicional. Para reavivar éste, en nuestros días, hubiera sido innecesario un nuevo "ordo" de la misa. Piénsese en la vida espiritual y litúrgica que florecían en épocas, bajo regímenes totalitarios en que la Iglesia tenía que vivir en catacumbas, extendiéndose un poco por todas partes. Y hoy día, a pesar de una nueva liturgia, las iglesias se vacían cada vez más, ahora que sin cesar se intenta "hacerse bien vista" a los ojos de los hombres.

Es necesario no olvidar que sólo la Iglesia fuerte en la fe y espiritualmente fecunda es capaz de crear algo verdaderamente nuevo y durable. Lo contrario no es más que pura fabricación, y a menudo sin que se haya tenido en cuenta las verdaderas necesidades de una pastoral moderna y universal, y sobre todo sin que se intente comprender psicológicamente la mentalidad del pueblo.

Hace algunos años, ciertos reformadores litúrgicos han elaborado una nueva selección de lecturas para la misa y se las han arreglado para que las autoridades romanas competentes las hagan obligatorias. Esta tarea hecha de prisa y corriendo por ciertos innovadores, ha desplazado en la Iglesia romana, lecturas que se remontaban a más de mil años (de antigüedad) y las han eliminado.

En sí mismo es bueno que las péricopes del "Missale Romanum" tridentino se enriquecieran con nuevas lecturas; tanto más cuanto que el rito romano ha conocido en el leccionario de San Jerónimo, y aún antes, lecturas suplementarias propuestas a elección. Algunas de estas péricopes adicionales -por ejemplo las propuestas para miércoles y viernes "per annum"- se han conservado especialmente en los países de lengua alemana y en el Patriarcado de Aquilea, hasta en los misales impresos pretridentinos.

Desde el punto de vista del rito romano tradicional, no hubiera habido nada que objetar si se hubiesen previsto lecturas propias para las ferias y para los domingos ciclos de lecturas suplementarias. Tanto más que para los domingos las péricopes sólo se fijaron en fecha relativamente tardía, como lo muestra el leccionario de Wuzbourg fechado sobre el año 700.

Fuera del hecho de que la nueva organización de las lecturas ha eliminado totalmente las que había en curso hasta ahora y que una tradición inmemorial se ha interrumpido bruscamente, los liturgistas echaran de menos que esta selección de péricopes haya sido netamente guiada por puntos de vista eminentemente exegéticos y muy poco por la leyes de la liturgia, según las cuales y hasta ahora se escogían las lecturas en la Iglesia.

Stonner llega a hablar de una "transformación ocasional sufrida por el texto bíblico insertado en la liturgia". En efecto, son importante las palabras con que comienza y termina la lectura, estas palabras tienen en la péricope un peso particular. Así el siguiente final, que ahora se puede escuchar en el primer domingo de Cuaresma (año A), parece completamente incongruente: "Entonces sus ojos se abrieron a todo y se dieron cuenta de que estaban desnudos"; a lo que el pueblo responde: "damos gracias a Dios". Antes la elección de un pasaje evangélico se hacía en función con la solemnidad que se celebraba; lo que recordaba sin cesar Pius Parsch en su "Jahar des Heils" (El año de la salvación). En la introducción de esta obra escribió: "En el Evangelio es Cristo quien aparece y nos habla. No consideremos tanto el Evangelio como una enseñanza, sino más bien como una epifanía (revelación) de Cristo. Además, la mayoría de las veces, el Evangelio indica cuál es la acción principal del misterio celebrado".

En cambio y en conformidad con la concepción del culto protestante, la nueva organización de las lecturas sirve en primer lugar para la instrucción y "edificación" de la asamblea. Esta nueva organización ha sido visiblemente elaborada por exégetas y no por liturgistas. Pero los exégetas no han reflexionado que la mayoría de los fieles no comprende esta correlación de la Biblia, pues por decirlo así no tienen mucha idea de la historia de la Salvación anterior a la venida de Cristo y, consecuentemente, ni el Pentateuco, ni el Libro de los Reyes, les dicen casi nada. Por ello la mayor parte de las nuevas lecturas semanales sacadas del Antiguo Testamento, pasan sin pena ni gloria por las mentes de los fieles, si es que no se opta por omitirlas por completo.

Los especialistas en liturgia conocen, podemos al menos suponerlo, las numerosas opciones de péricopes empleadas, tanto antes como ahora, en las Iglesias de Oriente y Occidente y están al corriente de las leyes que han presidido la elección de las lecturas. Es chocante que no hayan recurrido a estas antiguas colecciones de péricopes que se remontan en parte a los siglos IV y V. ¡Qué riqueza de ideas hubiesen encontrado! Pero parece que han querido deliberadamente hacer desaparecer la tradición.

La parte más antigua del "Gran leccionario de la Iglesia de Jerusalén", que nos ha sido transmitido por manuscritos georgianos remonta al siglo V. Igual un capitulario copto (para los evangelios) tiene todas las apariencias de una gran antigüedad; una serie de otros antiguos leccionarios de Egipto desgraciadamente aún no se ha examinado. A. Baumstark ha estudiado la colección siríaca más antigua de péricopes.

En Occidente se pueden citar entre otros el capitulario de Aquilea (para los evangelios), el capitulario de Vielle-Campanie que nos ha llegado por medio del célebre "Codex Fuldensis" (para las epístolas) y también diversos evangelarios anglosajones (para los evangelios). Es necesario añadir un capitulario (para las epístolas) que en su forma original se remonta a la época de San Pedro Crisólogo (t450) y esto por no citar testimonios más antiguos. El conjunto de los péricopes de las antiguas Iglesias milanesa, galicana e hispánica, que nos ha llegado, son un poco más recientes.

Ya San Jerónimo (+ 419/420), a solicitud de la Iglesia de Roma, había confeccionado un capitulario (para las epístolas) llamado el "Liber comitis". Este es mencionado en algunas fuentes del año 471 y se piensa que nos ha llegado casi sin modificaciones, en el ya citado capitulario de Wurzburg. Constituye la base de las péricopes del "Missale Romanum" pero no concierne a los evangelios, para los cuales es necesario añadir la antigua lista romana de evangelios ("capitulare evangeliorum"), que es más completa que la selección de péricopes del misal ulterior.

Como para las otras reformas litúrgicas surgidas al amparo del Concilio, se ha interrumpido, estableciendo las nuevas péricopes, una tradición inmemorial, que se remonta en su mayor parte a 1.500 años atrás, sin haberla sustituido por algo mejor. Habría que haber sido más avisados, aún desde el punto de vista pastoral, y conservado la antigua distribución del "Missale romanum" y, en el deseo de reforma, autorizar las lecturas complementarias "ad libitum".

Esto sí hubiese sido una verdadera reforma, es decir, un retomo a la forma original; no se hubiese destruido lo que existía y se habrían hecho sus pruebas.

Pero de la forma que se ha hecho, se ha abandonado tanto la tradición de la Iglesia de Occidente como la de Oriente y se han aventurado en el peligroso sendero de la experimentación, sin mirar la posibilidad de regresar fácilmente a antiguos usos. ¿Se puede uno extrañar si los curas progresistas van aún más lejos en la "renovación de la liturgia" y en lugar de lecturas bíblicas leen algunos pasajes de Karl Marx o de Mao Tse Toung; o, si les agrada, un extracto de prensa? Destruir un antiguo orden es algo relativamente fácil; crear uno nuevo es difícil.

VI. LA CELEBRACIÓN "CARA AL PUEBLO"

Desde el punto de vista litúrgico y sociológico

En sus "Richtlinien für die Gestaltung des Gotteshauses aus Geist des römischen Liturgie" (Instrucciones para la adaptación de las iglesias al espíritu de la liturgia romana) de 1949, Th. Klauser adelanta que "ciertas señales dejan entrever que, en la Iglesia del futuro, el sacerdote se colocará como antaño detrás del altar y celebrará con el rostro vuelto hacia el pueblo, como se hace aún en ciertas basílicas romanas; el deseo, que se percibe por todas partes, de ver más claramente expresada la comunidad de la mesa eucarística, parece exigir esta solución".

Esto que Klauser presentaba entonces como algo deseable se ha convertido pasado el tiempo, casi en todas partes, en la norma. Se piensa haber hecho revivir una costumbre de la Iglesia primitiva. Ahora bien, como vamos a ver, se puede probar con toda certeza que jamás ha existido, ni en la Iglesia de Oriente, ni en la de Occidente, una celebración "versus populum", sino que únicamente todos se volvían hacia Oriente para orar.

Fue Martín Lutero el primero que pidió que el sacerdote en el altar se volviese al pueblo. Pero por lo que se sabe, ni él mismo obedeció a esta exigencia, y sólo algunas de las Iglesias protestantes lo adoptaron, sobre todo entre los reformados. Sólo recientemente la celebración "versus populum" se ha convertido en

una costumbre casi general en la Iglesia Romana, mientras que las Iglesias Orientales y con frecuencia también las comunidades protestantes, continúan con la práctica existente hasta ahora.

En la Iglesia de Oriente la costumbre de celebrar "versus populum" no ha existido jamás, ni existe una palabra para designarla. El ante altar suscita el máximo respeto. Sólo el sacerdote (y a su lado el diácono) tiene derecho para estar allí. Detrás del iconostasio sólo el sacerdote tiene derecho de pasar delante del altar. Es de notar que, en la concelebración, que, como es sabido, goza en Oriente de una gran tradición, el celebrante principal vuelve de ordinario la espalda a la asamblea, mientras que los sacerdotes concelebrantes se colocan delante del altar y a su izquierda. Nunca se colocan detrás del altar (el lado de Oriente). No es necesario precisar que se trata casi siempre de una concelebración "ceremonial", tradicional y muy corriente en Oriente hasta hoy en día, en el transcurso de la cual los sacerdotes que rodean al celebrante principal (el obispo), no pronuncian con éste las palabras de la consagración. Por ello y en el sentido estricto de la palabra, hay un solo celebrante.

La costumbre de celebrar cara al pueblo apareció entre nosotros en los "Jugendbewegung" hacia los años veinte, cuando se comenzó a celebrar la eucaristía en el seno de grupos pequeños. El movimiento litúrgico, y antes que él Pius Parsch, propagaron esta costumbre. Creían revivir así una tradición de la Iglesia primitiva, pues habían observado que, en algunas basílicas romanas, el altar también estaba vuelto "versus populum". Pero no se habían dado cuenta que en estas basílicas, contrariamente a otras iglesias, el ábside no estaba vuelto hacia Oriente, sino la entrada.

En la Iglesia primitiva y en la Edad Media, lo que determinaba la posición con relación al altar era poder volverse hacia Oriente durante la oración. Por ello San Agustín declara: "Cuando nos levantamos para orar, nos volvemos hacia Oriente, allí donde el sol se levanta. No como si Dios estuviese allí y hubiese abandonado las otras regiones del universo, ... sino con el objeto de que el espíritu sea exhortado a volverse hacia una naturaleza superior, a saber Dios".

Estas palabras del Africano muestran que después del sermón, los cristianos se levantaban para la oración que seguía y se volvían hacia Oriente. San Agustín no cesa de mencionar al fin de sus alocuciones esta costumbre de volverse hacia Oriente para orar, utilizando siempre a modo de fórmula la expresión "conversi ad Dominum", (vuelto hacia el Señor).

En su libro fundamental "Sol salutis", Dölger está persuadido de que la respuesta del pueblo "Habemus ad Dominum" a la invitación del celebrante "Sursum Corda", significa también que están vueltos hacia Oriente; tanto más que en ciertas liturgias orientales se tiene prevista en ese mismo tiempo una invitación del diácono para que se haga este giro. Es el caso de la liturgia copta de San Basilio donde, al principio de la anáfora, se dice: "¡Aproxímaos hombres, poneos de pie con respeto y mirad al Oriente!", o también en la liturgia egipcia de San Marcos, donde existe una invitación semejante ("Mirad al Oriente") colocada en medio de la oración eucarística, antes de la transición "Sanctus".

La breve descripción de la liturgia dada por el segundo libro de la "Constituciones apostólicas" de final el siglo IV, prescribe también ponerse de pie para la oración y que se vuelvan hacia Oriente. En el libro octavo se encuentra reproducida la invitación que hace el diácono: "¡Poneos en pie hacia el Señor!". Por consiguiente volverse hacia el Señor o hacia el Oriente era la misma cosa para la Iglesia primitiva.

Como Dölger ha demostrado, la costumbre de orar en dirección al sol naciente se remonta a tiempos inmemoriales y era costumbre tanto entre los judíos como entre los paganos. Los cristianos la adoptaron muy pronto. Así, desde el año 197, la oración hacia Oriente es cosa evidente para Tertuliano. En su "Apologética" (cap.16) afirma que los cristianos "oran en dirección al sol naciente". Éste se consideraba como un simbolismo del Señor elevándose a los cielos, desde donde El volverá. Para que los rayos del sol naciente pudieran penetrar en la iglesia durante la celebración de la misa, en Roma y a veces en otros lugares, se dispuso al entrada de la Iglesia hacia el Este, debiendo quedar las puertas abiertas; entonces la oración se hacía obligatoriamente en dirección a ésta, a la puerta.

En este caso, como ya lo hemos dado a entender, el celebrante se situaba detrás del altar para poder, durante el sacrificio, dirigir la mirada hacia Oriente. Lo que no significaba, como se podría creer, una celebración "versus populum", ya que los fieles se volvían también hacia Oriente para orar. No había, pues, en estas basílicas un cara a cara del sacerdote y el pueblo durante la celebración eucarística. El pueblo se colocaba a ambos lados de la nave, los hombre a un lado y las mujeres a otro y por lo general se ponían cortinas entre las columnas. La nave servía para la entrada solemne del celebrante y sus acólitos; también el coro tenía su lugar reservado.

Pero aún en el hipotético caso de que en las antiguas basílicas romanas, los fieles no estuvieran vueltos hacia la entrada durante la oración sacrificial, de ninguna manera hubiera habido un cara a cara del sacerdote y del pueblo, ya que el altar estaba oculto por cortinas durante la oración eucarística. Y éstas no se volvían a abrir, según testimonio expreso de San Juan Crisóstomo, hasta la letanía diaconal.

Así en las basílicas donde la entrada, y no el ábside, se encontraba al este, los fieles no tenían el rostro vuelto hacia el altar. Tampoco le volvían la espalda, lo que según la concepción antigua, hubiera sido imposible por la santidad del altar. Como los fieles estaban en las naves laterales, tenían el altar a su derecha o a su izquierda. Formaban un semicírculo abierto al Oriente, en cuya parte más alta se situaba el celebrante y sus asistentes.

Y ¿qué ocurría en las iglesias en donde el ábside estaba mirando al oriente? Eso dependía del lugar donde se situaban los asistentes a la misa. Si rodeaban el altar, situado en el ábside, formando un semicírculo, el semicírculo se abría hacia el Oriente. El liturgo simplemente no se colocaba en la parte alta del semicírculo, sino en su centro. Se destacaba así más visiblemente de los otros participantes.

En cambio, en la edad media, el pueblo se colocaba casi siempre en la nave central de la iglesia, sirviendo los laterales para el desarrollo de las procesiones. Esta disposición detrás del sacerdote celebrante aportaba un elemento dinámico, como si el pueblo de Dios avanzase en cortejo hacia la tierra prometida. La orientación indicaba la meta del cortejo: el Paraíso perdido que se buscaba hacia el este (cf. Gen 11, 8). El celebrante y sus asistentes formaban la cabeza del cortejo.

El semicírculo abierto, que fue la primera disposición para la oración de los asistentes a la misa, manifestaba al contrario de la dinámica de la procesión, un principio estático: la espera del Señor que había subido al cielo hacia Oriente (cf. Ps.LXVII, 34) y que regresará (cf. Act.1,11). El semicírculo abierto estaba pensado para eso: cuando se espera a una personalidad importante, se abren la filas y se forma así un semicírculo para acoger en su centro al que se espera.

San Juan Damasceno expresa la misma idea en su "De fide orthodoxa", IV,12: "Cuando su ascensión Él subió hacia el Oriente y de esta forma fue adorado por los apóstoles y así regresará de igual manera que se le vio ascender al cielo, según lo que el mismo Señor dijo: "Igual que el relámpago se alza del levante y brilla hasta poniente, así será el regreso del Hijo del Hombre". Ya que lo esperamos, oramos vueltos hacia Oriente. Esta es, pues, una tradición no escrita de los apóstoles.

Es verdad que el hombre moderno, como dice Nussbaum, casi no entiende que tenga que volverse hacia Oriente para rezar. El sol naciente no tiene para nosotros la misma fuerza simbólica que tenía para el hombre de la antigüedad. En cambio, es diferente cuando se trata de tomar una misma orientación por el sacerdote y el pueblo cuando rezan a Dios. El que todos los fieles deban estar, según las palabras de San Agustín citadas anteriormente, "11conversi ad Dominum", es evidentemente una exigencia intemporal y tiene, aún hoy, un sentido. Como dice Kunstmann, esto viene a ser "buscar con la mirada el lugar donde se encuentra el Señor".

Vengamos al aspecto sociológico de la celebración "versus populum". En su obra "Liturgie als Angebot", el profesor de sociología W. Siebel piensa que el sacerdote vuelto hacia el pueblo puede considerarse como "el más perfecto símbolo del nuevo espíritu de la liturgia". Y añade: "La costumbre en uso hasta ahora hacia aparecer al sacerdote como el jefe y representante de la comunidad, que habla a Dios en representación de ella, como Moisés en el Sinaí: la comunidad, en cuanto tal, dirigiendo a Dios un mensaje (oración, adoración o sacrificio), el sacerdote, en cuanto jefe, transmitiendo el mensaje, y Dios, en cuanto tal, recibiendo el mensaje".

Con la práctica moderna, continua Siebel, el sacerdote "aparece ahora apenas como el representante de la comunidad; más bien como un actor, que en la parte central de la misa, interpreta el papel de Dios, casi como en Oberanmergau o en otras representaciones de la Pasión. Y concluye: "Pero si en esta nueva versión, el sacerdote se convierte en un actor encargado de interpretar a Cristo en la escena, entonces Cristo y el sacerdote parecen, a causa de esta reposición teatral de la Cena, identificarse el uno con el otro de una manera por momentos insoportable".

Así explica Siebel la buena voluntad con la que casi todos los sacerdotes han adoptado la celebración "versus populum": "La desorientación y la soledad de los sacerdotes les ha hecho buscar nuevos puntos de apoyo para su comportamiento. Entre éstos el sostenimiento emocional, que procura al sacerdote la comunidad reunida delante de él. Pero inmediatamente se crea una nueva dependencia, la del actor vis a vis con su público".

Igualmente, en un estudio "Pubertäterscheinungen in der katholischen Kirche", K.G. REY declara: "Mientras que ahora el sacerdote ofrece el sacrificio como intermediario anónimo, en cuanto cabeza de la comunidad, vuelto hacia Dios y no hacia el pueblo, en nombre de todos y con todos; mientras que las oraciones que tenía que recitar le estaban prescritas, ... hoy día este sacerdote viene a nuestro encuentro en cuanto hombre, con sus particularidades humanas, su estilo de vida personal y la mirada vuelta hacia nosotros. Para muchos es una tentación, contra la cual no tienen talla para luchar para prostituir su persona. Algunos saben astutamente -otros con menos astucia-, explotar la situación para su provecho. Sus actitudes, su mímica, sus gestos, todo su comportamiento captan las miradas fijas en él por sus repetidas observaciones, directivas y también por sus palabras de acogida o de despedida... El éxito que así consiguen constituye para ellos la medida de su poder y así la norma de su seguridad".

En su obra "Liturgie als Angebot", Siebel, a propósito del deseo de Klauser, citado más arriba, de ver "más claramente expresada la comunidad de la mesa eucarística" por la celebración "versus populum" declara todavía: "La reunión de la asamblea alrededor de la mesa de la Cena deseada (por Klauser) no contribuye a reforzar la conciencia comunitaria. En efecto, sólo el sacerdote se encuentra ante la mesa y además de pie. Los otros participantes a la comida están sentados, más o menos lejos, en la sala del espectáculo".

Más aún, según Siebel: "Por regla general, la mesa está colocada lejos de los fieles, sobre un estrado, ya que no es posible revivir los estrechos lazos que había en la sala donde se desarrolló la Cena. El sacerdote que interpreta su papel vuelto al pueblo, difícilmente puede evitar dar la impresión de representar un personaje que, muy amable, nos propusiera algo. Para no dar esta impresión se ha colocado el altar en medio de la asamblea. No hay así necesidad de ver más que al sacerdote; se pueden ver también a los asistentes sentados al lado o en frente de él. Pero colocando el altar en medio de los fieles desaparece la distancia entre el espacio sagrado y la asamblea. El recogimiento que antes nacía de la presencia de Dios en la iglesia se transforma en un pálido sentimiento, que apenas se diferencia de lo cotidiano".

Colocándose detrás del altar, la mirada vuelta hacia el pueblo, el sacerdote, desde el punto de vista sociológico, se convierte en un actor que depende totalmente de su público o en un vendedor que tiene algo que ofrecer. Y si carece de habilidad puede llegar a parecer un charlatán. Otra cosa es la proclamación del Evangelio. Esta proclamación supone que el sacerdote y el pueblo estén cara a cara. Esta es la causa por la que en las antiguas basílicas que tenían la entrada al este, los fieles estaban vueltos hacia el ábside (oeste) durante la liturgia de la palabra. Al proclamar la palabra de Dios, el sacerdote aparece realmente como el que tiene una ofrenda que hacer. Durante el sermón, el sacerdote se vuelve al pueblo y lo mismo el lector debe estar mirando a la asamblea para la lectura de las Sagradas Escrituras; lo que no siempre se ha practicado, sin duda por respeto a la palabra de Dios.

Pero como hemos dicho, las cosas se presentan completamente de otra forma en la celebración eucarística propiamente dicha. Aquí la liturgia no es una "ofrenda" sino un acontecimiento sagrado en el curso del cual se unen los cielos y la tierra y el Dios de la gracia se inclina hacia nosotros. Por ello, para orar, la mirada de los asistentes y la del celebrante debe dirigirse hacia el Señor. Sólo en el momento de la distribución de la comunión, la cena eucarística en su verdadero sentido, se da un cara a cara entre el sacerdote y el que comulga.

Precisamente estos cambios en la posición del sacerdote en el altar durante la misa, tienen un sentido simbólico y sociológico verdadero. Cuando el sacerdote ora y sacrifica tiene, al igual que los fieles, los ojos puestos en Dios; y cuando proclama la palabra de Dios o distribuye la eucaristía se vuelve hacia el pueblo. Este principio hasta ahora se había observado constantemente; pero, sobre todo por razones teológicas, ha sobrevenido un cambio en la Iglesia romana. El futuro mostrará las graves consecuencias de este cambio.

VII. UNA TENTATIVA DE SOLUCIÓN

Dicho esto, es necesario intentar buscar una solución al problema litúrgico. Veamos lo que ocurre, en el momento en que escribimos esto.

Tanto el *ritus romanus* como el *ritus modernus* deberán ser considerados legítimos. Pero deberán ser claramente separados el uno del otro, como dos ritos independientes; y esto de tal manera que el misal romano empleado hasta hoy; así como los otros libros litúrgicos (ritual y pontifical), se impriman de nuevo y sean autorizados según su forma preconiliar. Las modificaciones del rito después del Concilio sólo serán válidas para el *ritus modernus*. Forman parte de ellas, entre otras, el cambio en las palabras de la consagración, que ha producido escándalo a numerosos sacerdotes, las nuevas plegarias eucarísticas, así como la nueva distribución de lecturas que, de cualquier forma, ha demostrado su insuficiencia y que deberá ser sustituida por otra mejor.

La forma de la misa actualmente en vigor no podrá ser considerada, en sentido estricto, como rito romano y sí como un rito particular *"ad experimentum"*. Sólo el futuro mostrará si este nuevo rito podrá algún día imponerse de forma general y para un largo período. Se puede suponer, con fundamento, que los nuevos libros litúrgicos no permanecerán mucho tiempo en uso, ya que los elementos progresistas de la Iglesia habrán desarrollado nuevas concepciones relativas a la *"organización"* de la celebración de la misa, si no lo han hecho ya.

Las modificaciones introducidas en el calendario litúrgico (con otra numeración de los domingos) y en el santoral, podrán suscitar algunas dificultades, si se adopta el sistema del doble rito. Pero estas dificultades no deberían ser insalvables. La celebración "versus populum", injustificable tanto desde el punto de vista histórico, como teológico y sociológico, debe ser poco a poco eliminada.

En cuanto al "ritus romanus", se cuidará de enriquecer la misa según el espíritu del Concilio Vaticano II, por medio de un número mayor de prefacios propios, extraídos del tesoro de los antiguos sacramentarios romanos y por una selección de péricopes suplementarias. La adopción de estos suplementos deberá provisionalmente hacerse "ad libitum", es decir, a voluntad del sacerdote celebrante. Con objeto de poner de relieve al máximo los tiempos litúrgicos, las fiestas "menores" de santos podrán celebrarse sólo en forma de conmemoración. Las lecturas, incluidas las del "ritus romanus", sean, por lo general, dichas en la lengua de cada país.

No se introduzca en el "ritus romanus" tradicional, como desgraciadamente se ha hecho hasta ahora, las experiencias actuales (es necesario considerar que la mayor parte de las innovaciones lo son). Se perdería un elemento importante, esa continuidad de formas de la misa, a la que tantas veces hemos hecho referencia en la precedente exposición. Si se deja intacto el antiguo rito y se continua su empleo al lado del nuevo, ¡como algo vivo y no como una pieza de museo!, se habrá conservado para toda la Iglesia, tal como ella se manifiesta a través de los diferentes pueblos, un elemento importante para el futuro: la unidad del culto.

De esta forma el antiguo "ritus romanus" (que es más moderno de lo que se cree, justamente a causa del uso del latín que en la Edad Media hizo la unión entre pueblos de Europa) podrá contribuir a que también hoy los hombre se acerquen durante la celebración de la misa y no estén separados por la barrera de los idiomas; preocupación que ha estado desgraciadamente ausente en el vértigo de la reforma litúrgica. Sobre todo en regiones donde existe mezcla de pueblos, por ejemplo el Tirol del Sur, el latín en la liturgia podría ser una bendición.

Muchos problemas podrían resolverse en la Iglesia con una estricta separación entre el rito romano y la nueva liturgia en lengua vulgar del "ritus modernus", y la posibilidad así ofrecida a los fieles de asistir a las dos formas de misa. Pero sobre todo esto disminuiría el peligro de un importante cisma, pues las legítimas reclamaciones de innumerables católicos (más de la mitad de los que aún practican) en favor de la celebración tradicional de la liturgia.

¡Nada nuevo bajo el sol! Así Levitin-Krasnov nos informa de ensayos semejantes de reforma en el seno de la Iglesia Ortodoxa rusa, en los años que siguieron a la revolución de octubre. Se intentó cambiar el lugar de la celebración de la misa, haciéndolo en el santuario pero en el centro del templo. Se tradujo la liturgia al ruso moderno y se completaron las oraciones con partes tomadas de otros ritos. Las oraciones, que hasta entonces se decían en voz baja, se empezaron a decir en voz alta para que el pueblo las entendiese. Se introdujo el canto de la asamblea con el objeto de sustituir el de los tradicionales coros y otras cosas más. Actualmente Rusia ha remontado esta crisis litúrgica y ha vuelto a las antiguas formas de celebración. A pesar de (o ¿a causa de?) esta liturgia "anticuada", representa, casi la única "propaganda" que le queda a la Iglesia Ortodoxa, la vida religiosa ha florecido, posiblemente mucho más que en Occidente.

Cuando en la época de la Ilustración hubo esfuerzos semejantes a los que actualmente se ven en la Iglesia, Mons. Michel Sailer, obispo de Ratisbona (+1832) escribió esta advertencia: "Si tú tiendes la mano derecha para asir con firmeza lo antiguo que ha hecho sus pruebas, y la mano izquierda para introducir algo nuevo, mejor; no pongas tu corazón más que en la única verdad eterna que no cesa de renovarse en lo antiguo, y no niega el esplendor de lo antiguo en lo que es nuevo... Que aquel que quiera reformar la misa comience por formar sacerdotes esclarecidos y santos".

Y Mons. Sailer continuaba: "Parece también que ciertos defensores de la rápida introducción de la lengua alemana en la misa no son verdaderamente conscientes; si no, su propia razón les hubiera recordado esto: no esperes montañas y maravillas de la lengua alemana ... A pesar de sus nuevas colecciones de cánticos y de sus ensayos litúrgicos, las Iglesias protestantes se vacían cada día más. Podría ocurrir lo mismo con las nuestras. Tengo miedo que no atraigamos a nuestros antiguos parroquianos, sin ganar gran cosa con los nuevos que hayamos podido atraer".

Se podría objetar que la solución que se propone de dos ritos utilizados paralelamente, podría perturbar la unidad eclesial en las parroquias. A esto responderemos que, en el conjunto de la Iglesia y principalmente

en Oriente, ha habido en todo tiempo numerosos ritos reconocidos por Roma. No sería pues verdaderamente grave si en la Iglesia romana coexisten a la vez dos formas de misa, una al lado de otra, al menos por un cierto tiempo. Pero ¿es que actualmente hay nada más que dos? Hoy, como es bien sabido, existen innumerables ritos, pues muchos sacerdotes, "arreglan" la misa enteramente a su gusto. Verdaderamente no se puede hablar de unidad de rito.

Nos encontramos hoy ante los escombros de una tradición que se remonta a dos mil años. Se puede temer que por razón de las innumerables reformas esta tradición esté ya destruida, hasta el punto que sea muy difícil hacerla revivir. A penas se atreve uno a preguntarse hoy si, tras este dismantelamiento, será posible la reconstrucción del antiguo rito. ¡No hay que perder la esperanza!

VIII. LA DESTRUCCIÓN DEL RITO ROMANO

La controversia de la "misa nueva" persiste y los enfrentamientos se endurecen cada vez más. Mientras unos rechazan el nuevo rito como herético o inválido, otros lo consideran como la abertura, deseada durante mucho tiempo, de nuevas formas y una posibilidad de vivir conscientemente la comunidad eclesial.

En las páginas siguientes trataremos de determinar si la nueva misa, tal como se repite constantemente, representa solamente una "liturgia renovada" de acuerdo con los deseos del Concilio Vaticano II y no se diferencia en lo esencial de la liturgia que se había utilizado hasta ahora; o bien, tanto en su espíritu como en su forma, se trata de un nuevo rito.

Numerosos sacerdotes y fieles se oponen en conciencia a la nueva liturgia. Como lo hace notar un comunicado, citado a menudo por la Conferencia Episcopal de Alemania, hoy día hay verdaderamente un enfrentamiento "altar contra altar".

Uno de estos altares es el que se encuentra, por lo general, en los centros que les son propios, a los tradicionalistas, decepcionados por la liturgia postconciliar, que continúan celebrando la "misa de San Pío V", como ellos la llaman. El otro altar, convertido para mucha gente en una simple mesa, sirve a los "progresistas", como también a una mayoría de sacerdotes educados en un espíritu de estricta obediencia a la jerarquía de la Iglesia y a sus fieles, para "celebraciones eucarísticas" en el curso de las cuales se atienden más o menos o nada a las prescripciones litúrgicas.

Los sacerdotes "tradicionalistas" actúan delante del altar, según las costumbre mantenidas hasta hoy y siempre en la Iglesia de Oriente y Occidente. En cuanto sacerdotes del sacrificio, están vueltos hacia Dios, lo mismo que los fieles asistentes.

Los otros sacerdotes, en cuanto presidentes de la cena eucarística, se colocan o se sientan cara la pueblo detrás del altar, convertido en simple mesa, dirigiendo la mirada a la asamblea reunida. No les incomoda dar la espalda al altar mayor o al sagrario donde hace pocos años al celebrar el Santo Sacrificio ellos y los asistentes en oración dirigían sus miradas.

Hace veinte años, ningún católico hubiese pensado que algún día tales cambios podrían introducirse en la Iglesia romana, que parecía sólidamente edificada sobre la roca de Pedro, y que se podría llegar a un tal confusión de los espíritus.

Siempre, sobre todo en la época de la Ilustración, ha habido progresistas que se esforzaban en introducir cambios en la práctica litúrgica, sea por concepciones históricas falsas, sea por opiniones teológicas "modernas". Pero el Magisterio de la Iglesia velaba entonces escrupulosamente sobre estas tendencias e impedía así la difusión de ideas extremistas.

Hoy todo ha cambiado. Con frecuencia se ataca a los que, por profunda convicción, permanecen fieles a lo que hasta hace poco estaba estrictamente prescrito. Si continúan usando el rito en el que fueron educados y ordenados, tienen dificultades. No se tiene en cuenta sus decisiones, tomadas en conciencia, ni sus escrúpulos.

En cambio se tolera casi todo lo que hacen los progresistas, para quienes la tradición no significa nada o casi nada; aun cuando defienden opiniones que están en contradicción con la doctrina cristiana.

A esta confusión de los espíritus se añade el estado de saciedad del hombre de esta moderna sociedad de consumo, que ha perdido casi por completo el sentido de lo religioso; no tiene conciencia de su naturaleza pecadora, a parte de la falta de respeto con la que se acerca a lo sagrado. Para ellos Dios, si es que creen en El, se ha convertido simplemente en "un colega".

En esta situación tan crítica se destruye lo que constituía el corazón de la Iglesia, la Liturgia romana con más de mil años de antigüedad. Ciertamente que no era del todo perfecta y que algunos de sus componentes de valor se habían atrofiado en el transcurso del tiempo; pero siempre ha sido una roca en medio de las tormentas que no han cesado de sacudir a la Iglesia en los siglos pasados, un refugio seguro para la fe y la piedad.

En lugar de fabricar en una mesa de trabajo una nueva liturgia, habría bastado recuperar algunos elementos caídos en desuso y hacer así la misa más viva, como lo habían deseado los Padres conciliares en la Constitución sobre la liturgia.

De todas maneras, en ese documento, no se trataba de abandonar el rito tradicional, sino solamente de la importancia de la pastoral de la que en lo sucesivo habría que tener más en cuenta, así como de utilizar con más frecuencia la lengua del país o introducir lecturas adicionales con vistas a un mayor enriquecimiento del misal.

En cambio, ¿qué sentido podía tener para la pastoral, por ejemplo, la modificación del calendario y la manera de contar los domingos y lo que es más importante, las palabras de la consagración? ¿introducir una ordenación de lecturas totalmente nueva, suprimiendo la antigua?, ¿corregir por aquí y por allá el misal existente en pequeños detalles, para finalmente poner en circulación un nuevo misal?

¿Hay detrás de todo esto una verdadera preocupación por las almas, o más bien una voluntad de trazar una línea de separación definitiva entre el antiguo y el nuevo rito y hacer así imposible el empleo de los antiguos libros litúrgicos y por consiguiente la misa "tridentina", puesto que estos libros no corresponderían ya al nuevo espíritu reinante en la Iglesia?

Por ello no nos ha sorprendido que, la estricta prohibición del antiguo rito, haya coincidido con la puesta en vigor de los nuevos libros litúrgicos y que sólo se hayan concedido permiso, para celebrar en privado la antigua misa, a sacerdotes ancianos.

Los reformadores querían visiblemente una liturgia completamente nueva, que se diferenciase de la antigua, tanto en su espíritu, como en sus formas externas, y no un culto que respondiese de antemano a las necesidades de la pastoral moderna, como lo había deseado el Concilio. Liturgia y fe marchan a la par.

Esta es la razón por la que se ha creado un nuevo rito que se corresponde ampliamente con las tendencias de la nueva teología (modernista). Como hasta ahora la liturgia respiraba en todo el espíritu de las verdades de fe tradicionales y el de la devoción antigua, no podía subsistir bajo la forma que tenía. Se suprimieron, pues, muchas cosas y se introdujeron nuevos ritos, nuevas oraciones y nuevos cánticos, así como lecturas bíblicas, en las que no es raro ver intencionadamente amputados pasajes que no convienen a la teología moderna, como los que traen palabras de un Dios que juzga y que castiga.

Por otro lado, se intentó hacer creer a sacerdotes y fieles que la celebración postconciliar de la misa era esencialmente la misma que ha usado la Iglesia hasta ahora. Simplemente se habría recurrido a antiguas formas y suprimido ciertas excrecencias, pero sobre todo se la habría desembarazado de elementos sin interés.

La mayor parte de los sacerdotes han dado crédito a la aseveración de que había continuidad en la liturgia y, por consiguiente, han adoptado el nuevo rito en total obediencia; de igual forma que antaño habían observado conscientemente las pequeñas modificaciones rituales ordenadas desde Roma, comenzando por la reforma del breviario y del canto gregoriano del Papa San Pío X.

Así ciertos medios, que están en el origen de las reformas ellos que no obedecen, han abusado del espíritu de obediencia de los sacerdotes, sobre todo de los más ancianos y de la buena voluntad de la mayor parte de los fieles.

Hay que reconocer que el éxito pastoral, que muchos idealistas esperaban de la "liturgia moderna", no ha llegado. Nuestros templos se vacían a pesar de todo (o ¿precisamente a causa de esta liturgia?) y la apostasía de las gentes prosigue.

La juventud, aunque se hace todo lo posible para que coopere en las nuevas formas litúrgicas (misas de jazz), se aleja cada vez más de la fe y es atraída por las sectas, cristianas o no cristianas, pues cada vez hay menos sacerdotes que les dan a conocer la plenitud de la fe católica y las exigencias de la moral cristiana. Por otro lado muchas personas mayores, debido a los cambios radicales que se han introducido, han perdido sus raíces y su seguridad espiritual.

Son muchos los que se preguntan hoy día: ¿es ésta la primavera de la Iglesia que se prometía del Concilio Vaticano II? En lugar de una renovación de la Iglesia, sólo hemos recibido novedades. En lugar de un renacimiento de la vida religiosa, encontramos hoy un cristianismo vuelto hacia el mundo de aquí abajo.

En adelante sufriremos una liturgia que no se centra ya en Dios -hasta ahora los ojos de los fieles estaban fijos en su Hijo, hecho hombre, clavado en una cruz y en las imágenes de los Santos- sino en la parroquia reunida para la cena comunitaria. La asamblea se asienta dando la cara al "presidente de la celebración eucarística" y espera de éste último (si ha asimilado bien el "moderno" espíritu de la Iglesia) que sea no tanto el intermediario de la gracia de Dios, sino más bien quien le facilite las ayudas y los medios para su vida diaria y sus necesidades.

Hay pocos que hablan de la santa misa, Sacrificio de la Nueva Alianza, que ofrecemos a Dios Padre por Jesucristo, o bien de la unión sacramental con Cristo por la recepción de la santa comunión; ahora sólo se habla de la "celebración eucarística" y del "pan sagrado" que compartimos entre nosotros y se convierte para nosotros en la señal de nuestra comunidad con Jesús.

Aquí está verdaderamente la destrucción de la antigua misa, del rito romano de más de mil años de antigüedad, la destrucción de todo el universo de fe, de la que formaba parte y que fue en el transcurso de los siglos, fuente de piedad y de valentía para confesar la fe. ¿Se podrá decir algún día lo mismo de la "nueva misa"?

Una cuestión atormenta a numerosos fieles católicos: ¿qué se puede hacer hoy contra el abandono de la fe y la destrucción de la liturgia?

Imposible devolver a la Iglesia a la situación exacta en que se encontraba después de la segunda guerra mundial y tampoco sea conveniente. Un camino posible sería tomar como punto de partida de una reforma limitada del antiguo rito romano la Constitución sobre la liturgia del Concilio Vaticano II, tal como la entendieron la mayoría de los Padres conciliares, sin que esto implique la destrucción del rito.

Pero, a condición de que los responsables de la Iglesia recuerden la "sana doctrina" (11 Tim. IV,3) y que todos los profesores de teología se refieran a ella. Es necesario ver, en la celebración de la santa misa,

ante todo, un culto que se rinde a Dios, una acción cultural solemne, en el centro de la cual está Dios y no el hombre.

Gracias a Dios, aún existen muchos sacerdotes y fieles que no se han contaminado por las nuevas doctrinas y que viven la fe de los siglos pasados. Felizmente todavía tenemos sacerdotes que continúan trabajando con celo y piedad por el Reino de Dios. Han aceptado los nuevos libros litúrgicos por espíritu de obediencia al Santo Padre y han instalado en sus iglesias como los otros un altar cara al pueblo, únicamente por temor a ser denunciados.

IX. LA LITURGIA, UNA PATRIA

La necesidad de un ritual invariable

El deseo ardiente de una patria²⁶ está en el corazón de todo hombre. No se sabe lo que representa una patria hasta que uno se encuentra lejos de ella.

¿Qué entendemos nosotros por la palabra "Heimat" (patria chica), término tan típico de la lengua alemana? La patria es el entorno que desde la niñez nos es familiar, la casa paterna, el paisaje con sus gentes, sus trajes y sus costumbres. La patria siempre es bella, sin importar que a otros no les guste.

El ardiente deseo de una patria en el corazón del hombre se corresponde con una sed de confianza familiar. A la vez, es sed de la seguridad que da la familiaridad con el entorno. En definitiva es la seguridad que el niño siente cerca de su madre y que cuando se hace mayor echará de menos en medio de las incertidumbres de la vida.

El hombre religioso busca una patria y la seguridad en la Iglesia, que es su madre. En ella espera encontrar refugio y ayuda en medio de los desasosiegos de su alma, una respuesta a las preguntas que su razón le hace, pero sobre todo la certeza de los fines últimos del hombre. Busca en la Iglesia un oasis de calma y paz "como el mundo no sabría dársela" (Jn. XIV,27).

Este hombre podía encontrar antes certeza y seguridad en la Iglesia, cualquiera que fuesen los defectos inherentes a ella. Sus preguntas siempre recibían una respuesta clara, aunque verdaderamente a veces no le satisfaciesen por completo. Pero hoy, en lugar de una toma de posición clara a menudo sólo se le presenta la problemática en cuestión, lo que no contribuye a darle la deseada certeza interior.

No estamos en contra de una sana inquietud interior; pero no tenemos derecho a poner en duda la fe cristiana en cuanto tal, como no cesa de hacerse actualmente.

El hombre religioso busca una patria y la seguridad, en particular dentro de la celebración de la misa, a través de los ritos y las fiestas que desde la infancia le eran familiares y que están estrechamente ligadas a su fe. El culto invariable equivale para él a un trozo de patria.

Esto vale también para las religiones no cristianas. Los misioneros no cesan de advertirlo. Cuando se saca de su entorno a cualquier indígena, para convertirlo al cristianismo, con esta acción se le arranca de su estructura tribal y de sus tradiciones. A menudo hace falta mucho tiempo para que los conversos encuentren su nueva patria en el culto cristiano, pues continúan atraídos, como por potente imán, por sus antiguos ritos tribales.

El pueblo que olvida sus ritos tradicionales tiene el peligro de renunciar a sí mismo. Por eso en su libro "Die Sensation des Guten" (108) Kurt Ziesel afirma que en el Japón la destrucción de la idea de que el emperador es un Dios, y por ello la eliminación del sintoísmo como religión del Estado", así como "que suprimiendo el culto al emperador, aboliendo el universo mental de los samurais y la veneración a los antepasados como se hacía en el sintoísmo, se suprimió de un mismo golpe el alma al Japón". Realmente se le han cortado al pueblo japonés sus raíces intelectuales y espirituales, no poniendo nada en su lugar.

Un católico que, durante veinte años, hubiera estado alejado de la Iglesia y que quisiera, tras una conversión íntima, practicar de nuevo su religión, no reconocería su Iglesia en la actual. Con sólo entrar en un templo católico -sobre todo si es fuertemente moderno- todo le parecería ajeno. Creería haberse equivocado y haber entrado en otro tipo de comunidad cristiana. Cuadros e imágenes casi han desaparecido de las iglesias. A menudo en lugar del Crucifijo encima del altar hay una indefinible "obra de arte" moderna. El propio altar se ha convertido en un bloque de piedra desnudo, que más que altar parece una tumba megalítica. Nuestro católico no encontrará por allí el sagrario, ni el comulgatorio y notará la ausencia del aroma a incienso, cuyo perfume subsistía durante todo el día flotando en el santuario. Y posiblemente tampoco encontrará confesionarios.

Lo que sucedía a aquella señora católica que por amor a su marido protestante hace años adoptó la religión de este último; sin embargo ella continuaba asistiendo a la misa en su Iglesia católica, porque allí se sentía en la casa de Dios. ¿Haría lo mismo hoy que no se distingue, por decirlo así, una misa católica y una cena protestante?

Los reformadores de la liturgia no se han dado cuenta hasta qué punto las antiguas forinas de la misa, a veces no del todo satisfactorias, habían engendrado en los fieles un sentimiento de profunda adhesión y que su eliminación traería como consecuencia la pérdida de una parte de, su fe, sobre todo en las personas más sencillas. Estos reformadores no han visto tampoco la importancia de innumerables elementos populares que estaban hasta hoy incorporados en la liturgia. Como por ejemplo la tradicional misa solemne "Rorate" del Adviento que constituía una parte de la patria espiritual. Lo mismo ocurre con las misas de difuntos, pues ya casi no se canta el solemne "Requiem", a la antigua usanza, que movía los sentimientos del corazón. Hubiera debido procederse en estos cambios con una especial prudencia, pues, como se sabe, las costumbres funerarias están muy arraigadas en todos los pueblos.

La lengua es un elemento de la patria. Cuando una persona regresa del extranjero y vuelve a escuchar la forma familiar del lenguaje de su país, sabe que de nuevo está en casa. La patria litúrgica también posee una lengua determinada. Esta no ha sido nunca la lengua de todos los días. Todas las grandes religiones tienen su lengua cultural propia. Así, el Islam emplea el árabe literario, aún en regiones no árabes de Asia o África. Los judíos celebran el culto en hebreo antiguo.

En la Iglesia romana es el latín, que hasta ahora ha sido utilizado en la liturgia, del que se decía que era un elemento de unión entre pueblos. Hoy casi se ha eliminado completamente el latín de la misa, en franca contradicción con las prescripciones de la Constitución sobre la liturgia, que en su artículo 54 dice "Se vigilará que los fieles puedan rezar o cantar juntos en lengua latina las partes del ordinario de la misa que les corresponden".

No es posible tratar aquí toda la problemática de una lengua para el culto. Es evidente que por razones pastorales, ciertas partes de la liturgia deben ser pronunciadas en las lenguas nacionales, particularmente las lecturas, la oración universal y, en parte, la administración de los sacramentos. Pero sin olvidar jamás que el elemento unificador en la liturgia se ha hecho más importante que nunca en estos tiempos en que millones de personas viajan continuamente a países extranjeros.

La liturgia permanece como una patria, aún cuando continúe desarrollándose. No ha cesado de desarrollarse a lo largo de la bimilenaria historia de la Iglesia. Pero es de capital importancia saber que

jamás había habido esta ruptura con la tradición, que ahora estamos viviendo, de una forma tan brutal; y en momentos en que casi todo se cuestiona en la Iglesia.

Ciertamente este desarrollo histórico no ha sido siempre ni feliz, ni rectilíneo. Ha habido errores, de lo contrario probablemente no se hubiese llegado al estado actual de poner en duda tantas formas litúrgicas.

Los daños ocasionados hoy en el plan pastoral a causa de reformas imprudentes, precipitadas y sobre todo heterogéneas, no podrán ser correctamente evaluados hasta que pase mucho tiempo; cuando -lo que es de temer- nos encontremos ante los bancos casi vacíos de las iglesias, como los protestantes reformados. Contrariamente a lo que les ocurre a los luteranos, que han conservado mejor las formas tradicionales. En definitiva, estamos obligados a reconocer que con las nuevas formas litúrgicas, por muy bien intencionadas que hayan sido, se ha dado a la gente piedras en lugar de pan.

Una vez más afirmamos que no tenemos nada en contra de un desarrollo orgánico de la liturgia y menos contra la eliminación rápida de las excrescencias y formas inactuales. Pero todo esto debe hacerse conforme a una pastoral inteligente, a fin de que los fieles no tengan el sentimiento de que todo lo que había hasta ahora era falso; y que sobre todo así se les roba su patria cultural.

No se olvide que las formas de culto no pueden a la larga convertirse en aceptables, si no se desarrollan a partir de una fe vivida y muy firme. Ahora

bien, lo que se hace hoy tiene muchos defectos. Es ciertamente inútil intentar reavivar una fe nueva con ayuda de la liturgia, como por ejemplo, querer vivificar la fe en el Resucitado por medio de una remodelación moderna de la noche pascual.

La liturgia supone una fe previa. Ahora bien, la proclamación de la fe se apoya únicamente en la pastoral, y no puede ser demasiado "moderna". Pero esta pastoral sólo se puede realizar muy parcialmente a través de la celebración eucarística. Es pues necesario que la preceda.

En muchos casos, novedades, que en sí mismas hubiesen sido buenas y legítimas, han tenido un efecto exactamente contrario a lo que se esperaba. Simplemente porque no se contó con que el "pueblo" no pasaba por ellas.

Lo que es más pernicioso son los incesantes cambios que hoy seguimos sufriendo, pues están en total contradicción con el principio de una liturgia capaz de ser, para nosotros, una patria. Se modifican constantemente los ritos y se hacen desaparecer casi enteramente los usos y costumbres existentes, lo que equivale a privar a los hombres de su patria espiritual y por lo tanto a inquietar su fe. Desde el comienzo de la reforma, los fieles han sufrido un cambio radical y totalmente inútil del calendario litúrgico. Cualquiera, que esté un poco familiarizado con la psicología popular, lo podrá confirmar.

No se valora cómo, en el ánimo de la gente sencilla, van al unísono el dogma católico y las formas de piedad. Una modificación en las formas, equivale para muchos a una modificación en la fe.

Si fácil es suprimir, difícil es sustituir por algo que sea mejor. El antiguo orden, que era para la mayoría de los fieles como una patria, una vez destruido, no podrá ser sustituido de pronto por uno nuevo.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

La confusión es enorme. ¿Quién ve claro hoy día, en medio de esta oscuridad? ¿Dónde están los responsables de la Iglesia que nos muestren el buen camino? ¿Dónde están los obispos que tengan el valor de hacer desaparecer este tumor canceroso, que es la teología modernista, implantada en el tejido de la celebración de los santos misterios, antes de que proliferen más y más?

Necesitamos hoy un nuevo Atanasio, un nuevo Basilio, alguno de aquellos obispos que durante el siglo IV se batieron con valentía contra la herejía, cuando casi toda la cristiandad había sucumbido ante el arrianismo. Necesitamos hoy santos capaces de reunir, para una lucha común contra la herejía a todos los que aún permanecen firmes en la fe, y capaces de animar a los más débiles.

Sólo nos queda rezar y esperar que la Iglesia romana vuelva a la tradición y autorice de nuevo en todas partes la liturgia de la misa antigua, con más de mil años de antigüedad. ¿Dos formas, la del antiguo y del nuevo rito, por qué no podrían subsistir pacíficamente la una al lado de la otra? Como en Oriente donde existen numerosos ritos y liturgias y también en Occidente, donde todavía hoy, hay ritos particulares como en Milán. Sin hablar del hecho de que actualmente cada cura fabrica la misa a su antojo.

Pero en todo caso es necesario que el nuevo rito se mejore con relación a como se practica en nuestros días.

En esta época de debilitamiento de la fe en que vivimos hoy, la llamada para salvar lo que aún se pueda, se hace más apremiante. Por paradójico que pueda parecer, no son los pretendidos adeptos del progresismo (esos que olvidan cada vez más todo lo que armoniosamente se desarrollaba en la iglesia, para reemplazarlo por sus dudosas experiencias) los que son verdaderamente "modernos" en nuestros días; sino los conservadores, que conocen el valor de lo que nos ha sido transmitido. Con la condición de que permanezcan abiertos a las exigencias pastorales de nuestro tiempo.

En el caso presente, esto significa: que es necesario para el futuro que el rito más que milenarista de la misa sea conservado en la Iglesia Católica Romana como forma primaria de celebración y no sólo para los sacerdotes y laicos ancianos incapaces de adaptarse. Es necesario que vuelva a ser la norma de la fe y el

signo de la unidad de los católicos en todo el mundo; un polo inamovible en unos tiempos tan desorientados y en perpetuo cambio.